Annabeth Berkley
UN
REGALO
al corazón

Un regalo al corazón

Un regalo al corazón

ANNABETH BERKLEY

© 2024, Annabeth Berkley

ISBN: 9798343551945

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño para quienes aprecian
los regalos que la vida nos hace todos los días.

«Cada nuevo comienzo viene del final
de algún otro comienzo.»
Séneca

Un regalo al corazón

Grace Fuertes entró en la amplia cocina de la casa de su hermano, pensativa. El olor a calabaza, manzana y canela, y los colores del otoño en los bonitos y escogidos detalles distribuidos por ella, la recibieron con la misma calidez que él. Sus ojos oscuros se iluminaron al verla. Tomaba un café apoyado tranquilamente en la encimera mientras Arwen, su perro, dormitaba relajado, a sus pies.

—Grace, ¿por qué te has levantado hoy tan temprano? ¿No me digas que vas a salir a correr?

Grace le hizo una mueca, con cariño, acercándose hasta donde estaba.

—No. Sé que tengo que hacer ejercicio, pero prefiero apuntarme al gimnasio que me dijiste. Iré a dar un paseo por el bosque. Dame tiempo.

—Todo el que necesites —le aseguró pensativo—. Además ahora el bosque está muy bonito. Las hojas están cambiando de color con la llegada del otoño, o algo así me comentó Carlee ayer. Decía que era como un regalo que te hacía la Naturaleza. Ya la conoces. Todo le entusiasma.

Grace sonrió al pensar en la joven que había devuelto la ilusión a su hermano. No podía trabajar en otro sitio que no fuera una tienda de regalos. Además, su casa parecía sacada de una revista de decoración: guirnaldas en tonos ocres y naranjas, velas de colores similares, hasta las fundas de los cojines iban a juego con la estación del año.

—¿Has dormido bien? —le preguntó preocupado.

—Lo cierto es que sí. ¿Dónde tienes las cápsulas del café?

—¿Café? ¿No deberías tomarte una infusión?

Abrió uno de los armarios para coger el bote hermético donde guardaban las cápsulas que le había pedido.

—¿Todos los días vas a preguntarme lo mismo? No me gustan las infusiones. Solo me bebo uno por la mañana. Lo sabes. Desde que no trabajo no necesito tomar tanto.

—¿Estás segura? —le preguntó preparándoselo, desconfiado.

—Steve, no me controles.

—No te controlo. Solo me preocupo por ti.

—Y yo te lo agradezco, pero si hubiera querido tener a alguien pendiente de mí todo el tiempo, me hubiera quedado con la tía Sylvia.

—¿Qué tal está?

—No sabría decirte. Se apuntó a estudiar un máster en psicología.

—¿A su edad?

—¿Por qué no? No es tan mayor. No creo que ejerza, pero así se mantiene entretenida.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás? —le tendió la humeante taza de café.

—Bueno, ya me ves. Puedes hacerte una idea.

—Prefiero no hacérmela y que me lo cuentes tú.

Grace se sentó en una de las sillas, antes de dar un sorbo a la amarga bebida. Su hermano era demasiado protector y aunque a veces ese rasgo le molestaba, también lo agradecía.

—Mi ansiedad va mejor. Alejarme del entorno donde se generó fue buena idea. Haré ejercicio, pasearé por la naturaleza y mientras esté aquí asistiré a las clases de yoga que me recomendó Carlee. El tic en el ojo ha desaparecido y las ganas de comer dulces, también… Ya ha pasado lo peor. Ahora solo queda mantenerme así.

—Tenías que haber venido antes.

—Quizá, pero con las tías también estaba bien.

—¿Siguen reuniéndose los domingos?

—Sí, claro —sonrió recordando con cariño a su numerosa familia.

Eso la había mantenido a flote durante y después de su desagradable y complicado divorcio al que se habían añadido los episodios de ansiedad y estrés en el trabajo.

—Pero no volverás tan pronto al hospital, ¿no?

Grace resopló resignada.

—No lo sé. Ya llevo muchos meses sin trabajar y me gusta lo que hago.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Lo estoy haciendo. Estaba tan acostumbrada al estrés en mi vida que lo normalicé. Tampoco vi venir la ansiedad que me estaba generando mi relacion con Archie. Se me juntó todo —se justificó—. ¿Cómo pude estar tan ciega?

—No estabas ciega. Estabas dentro de la relación, implicada, y en el trabajo siempre has sido muy responsable. Como tú has dicho, se te juntó todo. No le des más vueltas. Lo que importa es que ya estás mejor.

Grace asintió aliviada.

—Aguanté demasiado en la relación. No era feliz y lo sabía, pero me había acomodado. Luego el trabajo fue cada vez más demandante, sin vacaciones, dobles turnos, sin poder hacer todo lo que yo quería con mis pacientes por los ajustados presupuestos… Son niños, por Dios… y todo estalló. La noche que pasé en urgencias porque no podía respirar me asusté de verdad.

—Tenías que haberme llamado.

—¿Para qué iba a hacerlo? Estabas aquí.

—Haber llamado a tía Sylvia.

—Ya me echó la bronca ella. No me la eches tú. Me sentí tan débil y hundida…

—Fuiste fuerte demasiado tiempo, Grace. No pasa nada por bajar el ritmo, frenar, o tomarte un descanso.

—Por eso estoy aquí, pero creo que debería plantearme lo de volver al trabajo. Hace bastante que lo dejé. Estaba muy quemada, sí, pero creo que ya estoy bien.

Se había aislado de todo y todos creyendo que sola podría lamer sus heridas. Se había refugiado en los atracones de comida y la angustia era su amiga inseparable. Se había equivocado. Un cuadro severo de ansiedad la había dejado casi, literalmente, sin aire. Después de su paso por el hospital decidió tomárselo en serio.

Siguió las indicaciones médicas, leyó todo lo que pudo sobre la ansiedad, empezó a ponerlo en práctica, se refugió en su numerosa familia y se dejó cuidar por la más joven de sus tías. Unos meses más tarde había optado por visitar a su hermano. Lo echaba de menos. A él y a su sobrina, que era lo más bonito que tenía en su vida.

Había guardado las pocas pertenencias que había reunido tras su divorcio en un trastero alquilado, había preparado las maletas y se había presentado en la casa de Steve. Siempre habían estado muy unidos. Probablemente, que él se mudara con su hija, a la que adoraba y amaba por encima de todo, la habían hecho también sentirse demasiado vulnerable.

—¿No te recomendó el médico que te lo tomaras con calma?

—Sí, pero mi plaza en el hospital sigue disponible. No quiero perderla.

—¿Perder un trabajo que te estresa?

—Me gusta mi trabajo.

—Pero hay más maneras de realizarlo u otros hospitales o centros médicos. Pide un traslado por lo menos. Si no, acabarás igual después de un tiempo.

—Eso es fácil decirlo.

—Necesitarán pediatras en cualquier sitio.

—No lo sé. Quizá sí. Pero Archie era la fuente principal de mi ansiedad… —hizo una mueca fastidiada—. No. Lo era yo que no sabía ponerle límites, pero ahora que me he separado y me he alejado de todo, siento que puedo empezar de nuevo y de verdad que me gustaba mi trabajo.

—Acabaste quemada, hay un término médico que lo recoge. Me he estado informando. Se llama *burnout*.

—Sí, pero ya estoy bien.

—¿Seguro? No se llega a ese punto de la noche a la mañana y tampoco se cura así.

—Ya lo sé, Steve, pero estoy bien, de verdad —insistió convencida—. Llevo meses con esto. Estoy empezando a dejar la medicación que tomaba bajo prescripción médica y aplicando todo lo que he leído en esos libros sobre la ansiedad. Me encuentro mucho mejor y Archie ya no está en mi vida. Venir aquí ha sido como un soplo de aire fresco. Creo que estoy preparada para volver.

Llevaba dos días allí y ya no quedaba rastro del tic nervioso que le había afectado al ojo cuando todo había estallado. Parecía que, por fin, su vida y su cuerpo volvían a la normalidad. Y es que, cuando se toca fondo, solo queda subir hacia arriba, se recordó animada.

—¿Seguro? Acabas de llegar.

Grace asintió acariciando con suavidad una de las pequeñas velas en forma de calabaza que había sobre la mesa de la cocina.

—Me encantan estos detalles. Ya ha llegado el otoño.

—No me cambies de tema. Tenías que haber venido antes.

Grace se encogió de hombros.

—Ya estoy aquí.

—Sí, pero piensas irte. Date unos días más antes de buscar trabajo, por favor, y aprovéchalos para descansar y recargar las pilas.

—Echaba de menos a Cinthia. Ha crecido mucho desde que viniste a vivir a Edentown.

Steve sonrió orgulloso de su hija mientras se sentaba en la silla frente a su hermana.

—¿A mí no me echabas de menos?

—Claro que sí, pero tú estás de maravilla con Carlee. No quería venir a molestar.

—Nunca molestarías. Lo sabes. Estamos preocupados por ti.

—Ahora estoy bien. Nada que ver a cuando todo estalló.

—De verdad, no tengas prisa por volver al trabajo. Explora más opciones o ni siquiera pienses en ello, de momento. Plantéate que estás de vacaciones.

Grace suspiró aliviada.

—Así no sentiré que estoy huyendo.

—Desde luego. Descansar no le viene mal a nadie. Además, así disfrutas unos días con Cinthia.

Grace sonrió al escuchar el nombre de su sobrina.

—Me vendrá bien, y para cuando vuelva al trabajo estaré más relajada todavía.

—¿No hemos quedado que no tendrías prisa?

Grace sonrió a su hermano fingiendo aceptación. Era él quien le había sugerido que no la tuviera, pero una parte de ella estaba deseando volver al trabajo, aunque fuera en otro hospital, e incluso encontrar un lugar al que considerar nuevamente su hogar. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Cinthia? —preguntó extrañada.

—Carlee esperaba un pedido de muñecos de peluche y ha ido con ella para ayudarle a ordenarlos o lo que es lo mismo, a verlos y elegir antes que nadie con cuál se queda. Todo es un regalo para ella. Después la llevará al colegio.

Grace sonrió con cariño. Su encantadora sobrina se merecía todos los regalos del mundo.

—Se ha adaptado muy bien a Edentown.

Steve asintió orgulloso.

—A Edentown y a Carlee, aunque eso era fácil porque con Carlee todo parece una fiesta siempre.

Grace miró a su hermano, satisfecha. Era inspirador verlo tan feliz y enamorado. Quizá ella, algún día podría confiar de nuevo en el amor.

Neal O´Connor salió de casa decidido. Estaba deseando acabar con la obra de acondicionamiento de lo que iba a ser su tienda de servicios informáticos y reparación de ordenadores en una de las calles principales de Edentown. Sonrió al ver a su bonita hermana abriendo la puerta del *Crann Bethadh,* su centro de yoga y meditación, que estaba debajo del apartamento donde vivía.

—Buenos días, April. ¡Qué madrugadora!

La mujer risueña de ojos azules y largo y claro cabello, le ofreció uno de los vasos oscuros que llevaba en la mano.

—Toma un café. Supongo que aún no te has tomado el tuyo porque no te habrás acordado de comprarte una cafetera.

Neal lo cogió agradecido asintiendo antes de darle un sorbo.

—Parece que me conoces.

—De eso se trata, ¿no? Por eso te quedaste.

Neal le sonrió con cariño mientras miraba orgulloso el escaparate del centro, con los horarios, velas y jabones naturales que April preparaba y vendía.

—Exacto, y por eso voy a abrir un negocio. Espero que en breve. Parece que siempre surge algo. Cada vez que me llama Cameron, tiemblo. De hecho, ahora he quedado con él.

—Ya no te queda nada. He pensado que quizá deberías incluir un curso para enseñar a las personas de más edad a utilizar los ordenadores, incluso los teléfonos móviles. Creo que lo agradecerán.

—No sé si mi grado de paciencia cubre esa posibilidad.

—No te aburrirás.

—Dudo que lo haga. Siempre hay cosas que hacer cuando tienes acceso a internet… Y ya sabes que a mí no me gusta mucho eso

de estar con gente.

—Vas a abrir un negocio. Entrarán clientes.

—Y me dejarán los ordenadores y se irán. No es un lugar donde la gente pueda socializar.

—Pues con la familia de Callum no parece que tengas problemas—le comentó refiriéndose a la familia de su pareja.

—La familia O`Brien es… ¿cómo describirlo? ¿Apabullante?

April asintió orgullosa al pensar en la familia de su pareja.

—Es imposible sentirse sola teniéndolos cerca.

—He quedado con ellos esta tarde —sonrió.

—Y por las noches visitas el *Shamrock*.

—Me obligo a salir de casa… ¿Cómo lo sabes?

April sonrió divertida.

—A mi centro vienen principalmente mujeres y tú eres un hombre soltero. No voy a entrar en detalles.

Neal le hizo una mueca burlona.

—No tengo ninguna prisa por tener pareja.

—A mí me pasaba lo mismo, y mira lo feliz que soy con Callum.

—Estoy acostumbrado a vivir solo.

—Pero por eso viniste aquí. Querías cambiarlo, ¿no?

—De momento voy a abrir un negocio de cara al público y parezco un hermano más para los O´Brien. Necesito tiempo para digerir ambos cambios.

—Si solo es eso, tiempo es lo que tienes, pero mi primera clase empieza en veinte minutos así que si no quieres tener que saludar a todas mis alumnas, una por una, quizá deberías…

Neal, fingiendo tener prisa, le dio un beso en la mejilla antes de empezar a caminar de espaldas para mirarla.

—Me compraré una cafetera para que no haga falta que me traigas el café.

—No te vas a deshacer de mí tan fácil. También puedo traerte unos *cupcakes*. Los de la pastelería de Carolyn…

—¿No vas a dejar de cuidarme?

—Desde luego que no. Por lo menos hasta que no tengas a alguien que lo haga por mí.

Neal le sonrió agradecido antes de darle la espalda y acelerar el paso. No se arrepentía en absoluto de haber dejado su trabajo en la Marina para estar junto a su hermana. Había pasado demasiado tiempo desde que se había marchado del hogar familiar huyendo del alcohol y la violencia que allí reinaba. Todavía no se había perdonado a sí mismo el haberla abandonado a su suerte, pero April le había recibido sin reproches en cuanto se presentó ante ella.

Le había abierto las puertas a su vida, a su nueva familia y a

ese lugar que empezaba a sentir como suyo y en el que iba a abrir un negocio, si algún día terminaban las obras que había tenido que hacer para acondicionarlo.

Cuando llegó al local, Cameron Lawrence ya estaba dentro apilando en un rincón las últimas cajas de material informático que había recibido.

—Acaban de traerte esto —le explicó el encargado de la obra y jefe de su propia empresa de construcción.

—No esperaba que lo trajeran tan temprano —le comentó ayudándole—. Dime que ya has acabado con todo.

—Creo que sí —le respondió tendiéndole una documentación —. Échale un vistazo y se lo llevaré a Jane Muldoon cuanto antes para que agilice los permisos para la apertura.

—Perfecto —asintió agradecido—. Tengo ganas de verlo todo montado.

—Si necesitas algo más, llámame.

—Sí, en cuanto tenga claro dónde irán las estanterías, te aviso por si necesito colocar algún otro enchufe. Tengo la trastienda llena de cajas.

Neal le acompañó a la puerta y después de cerrarla tras él, sonrió satisfecho ante el espacio diáfano pintado de blanco que parecía estar casi preparado para su apertura.

Suspiró satisfecho. Era propietario de su propio negocio. Siempre había sido muy independiente, pero aun así, había sentido ciertas dudas al emprender en solitario después de haber estado en una gran familia como había sido la Marina.

Golpearon con los nudillos en el cristal, a su espalda. Se giró extrañado. Los cristales tenían una ligera capa blanca que aún no había limpiado para evitar la mirada de los curiosos. Se agachó para ver a través de un pequeño espacio limpio.

Una mujer de cabello rizado y oscuro le estaba preguntando con gestos grandilocuentes y vocalizando sin emitir sonido alguno si podía entrar. Él negó con la cabeza.

—Está cerrado —exclamó antes de alejarse del cristal.

Era imposible estar solo en aquel lugar, se dijo sonriendo mientras entraba en la trastienda, llena de cajas embaladas. Siempre que podía veía a April, quedaba para jugar al baloncesto con Callum, su pareja, o cualquiera de sus hermanos. También visitaba el *Shamrock*, el pub irlandés, que tenía bastante afluencia, o la pastelería de la acera de enfrente que estaba siempre llena... No necesitaba más. Sentía que ya formaba parte de esa comunidad.

¿Y mujeres? No tenía mayor interés en conocer a alguna. Quizá llevaba sin pareja demasiado tiempo. Solo había tenido relaciones esporádicas sin importancia, pero no pretendía nada más. Se sentía

satisfecho y feliz con la vida que llevaba.

A primera hora de la tarde, Grace miró a su alrededor con una sonrisa relajada. El maravilloso lago Eden presidía, calmado, la amplia pradera salpicada de una combinación de bancos para sentarse y pequeños merenderos. Parejas paseaban, niños correteaban, incluso algunas personas hacían deporte por allí a esas horas.

Aquel lugar era realmente bonito, idílico y le transmitía la paz que sabía que necesitaba. Todo había empezado a cubrirse de tonos ocres y anaranjados dando paso al otoño. Podía sentir la calidez del entorno como si le estuviera dando un abrazo. Carlee tenía razón: era como un regalo. Su hermano era afortunado de vivir allí.

¿Por qué no había hecho caso antes a su instinto? Había leído varios libros sobre cómo superar la ansiedad y tras encontrar las mismas claves en casi todos había optado por ponerlas en práctica. Sin duda eso había sido lo que había marcado la diferencia: la acción. Y lo primero que había hecho había sido visitar a Steve. Solo llevaba en su casa un par de días y ya se encontraba muchísimo mejor.

Dio un sorbo al zumo de frutas naturales que se había comprado en uno de los puestos del lago y que, por lo que le había dicho su hermano, cerraría en unos días. Y, satisfecha consigo misma, no se había permitido caer en la tentación que le ofrecía la comida que servían en la *foodtruck* contigua.

Bastante había comido los meses anteriores tratando de satisfacer sus necesidades afectivas.

Se acercó a una de las mesas más apartadas de donde estaba el bullicio. Se sentó buscando con la mirada a su hermano. No parecía que estuviera, y, por la hora, Carlee estaría en la tienda con Cinthia. Nadie tenía por qué sorprenderla actualizando su currículum, ni buscando trabajo. Se consideraba preparada para encontrar un nuevo empleo por mucho que su hermano insistiera en que se diera más tiempo de descanso.

Buscaría trabajo independientemente del lugar donde apareciera. Donde necesitaran una pediatra especializada en neonatología, ella acudiría. Sabía que echaría en falta a su familia. Pero siempre podría volver en vacaciones, como sentía que estaba haciendo en ese momento, se convenció animada.

Se detuvo unos segundos observando a los jóvenes que estaban tratando de jugar a algo parecido al beisbol. Eran altos, atléticos… Recordaba haber visto a alguno de ellos en alguna de sus anteriores visitas a Edentown. Los hermanos pelirrojos eran los dueños del pub del que no recordaba el nombre, pero por lo que le había contado

Carlee todos tenían pareja.

Le daba igual. Después de lo de Archie no quería saber nada de ningún hombre. No se creía capaz de volver a confiar en otro en la vida. Estaba sola y se sentía más en calma que en muchos años. Podía seguir así el tiempo que hiciera falta. Sacó la *tablet* de su bolso, asegurándose de que nadie la estaba mirando.

Neal O`Connor se empeñaba a fondo. El ejercicio físico siempre había sido un placer y para él, tan dado a los deportes de equipo, encontrar en su cuñado y sus hermanos excelentes deportistas le hacía sentirse vivo. Declan O´Brien, que esta vez era su contrincante, parecía dispuesto a ganar. No lo iba a consentir. Cuando golpeó con el bate la pelota tan fuerte como pudo, fue a por ella sin perderla de vista.

Grace lanzó una exclamación asustada cuando una pelota de beisbol impactó sobre su *tablet*. ¡Pantalla rota! Se incorporó sobresaltada. El zumo de frutas que estaba tomando cayó sobre su ropa. Resopló furiosa.

—Lo siento —jadeó fastidiado un joven cogiendo la pelota que finalmente se había detenido en el suelo a su lado mientras, a una distancia considerable, alguien jaleaba victorioso.

Grace se levantó indignada. El hombre de cabello claro y alborotado y ropa deportiva, dejaba a la vista sus musculosos brazos bajo su camiseta oscura y no mostraba ningún tipo de arrepentimiento.

—¿Lo sientes? Me has roto la *tablet* —exclamó enfadada sacudiéndose el zumo que había manchado su jersey blanco.

Neal, mientras recuperaba el aliento, sonrió incómodo a la preciosa joven de cabello y ojos oscuros brillantes por la rabia que sentía.

—Y te he tirado el zumo. Lo siento —repitió cogiéndole la *tablet* de la mesa y echándole un vistazo rápido—. Solo es la pantalla.

—¿Solo? ¿Te parece poco?

Con un gesto airado, Grace recuperó la *tablet* mientras le dedicaba una mirada cargada de desprecio. No se perdería en sus ojos azules ni en sus carnosos labios delineados en la recta mandíbula.

—Puedo arreglártelo.

—Ya has hecho suficiente —murmuró rabiosa alejándose de allí.

Neal la vio marcharse, desenfadado. No era un problema tan grande, se dijo encogiéndose de hombros. No recordaba haber visto antes a esa mujer. Volvió junto a sus compañeros de equipo aceptando su derrota antes de volver a fijarse en la bonita joven que se alejaba con paso rápido.

A última hora de la mañana siguiente, Grace caminaba distraída por la calle principal. Había visitado a Carlee en su tienda de regalos. Entendía perfectamente que a su sobrina le gustara tanto. Todo era una explosión de objetos bonitos perfectamente ordenados para dar la sensación de que necesitabas todos ellos aunque no fuera cierto. Finalmente, se había regalado a sí misma un llavero con forma de calabaza. Lo utilizaría con las llaves de su siguiente hogar, estuviera donde estuviera.

La tarde anterior, Cinthia le había contado con todo lujo de detalles cómo ayudaba a Carlee a hacer los pedidos y cómo abrir los paquetes que llegaban se parecía a la mañana de Navidad, aunque estuvieran en octubre.

Le gustaba ver sus ojos brillantes y a Carlee disfrutar con ella. Quién le iba a decir a su hermano que su vida cambiaría tanto cuando aceptó el traslado a ese lugar. Ella también quería un cambio así. Lo necesitaba. En cuanto encontrara trabajo… No. No podía ni empezar a buscarlo porque la *tablet*, que aún seguía escondida en su bolso, estaba rota.

Resopló y frunció el ceño al recordar el desafortunado encuentro de la tarde anterior. Ese hombre era guapo, no lo podía negar, pero no le había dado nada de importancia al accidente. Ni había insistido en pagarle el arreglo. Como si fuera algo barato o habitual arreglar la pantalla de una *tablet* o pudiera hacerlo ella sola.

Se detuvo extrañada al ver el letrero de la tienda que había unos pasos más adelante. No se había fijado nunca en ese local. ¿Desde cuándo había una tienda de ordenadores en Edentown? Caminó agradecida por la suerte que tenía.

Entró mirando a su alrededor. Aquel lugar olía a nuevo. Lucía impecable. Aún había estanterías vacías. Quizá acababan de abrir. El encargado, con un fino jersey azul marino cubriendo su espalda ancha, y vaqueros que resaltaban unas largas piernas, estaba tras el mostrador, de espaldas a ella, colocando unos recambios de tinta para impresora en uno de los estantes.

—Hola, ¿me podrías arreglar esta *tablet*? —le preguntó mientras la sacaba de su bolso—. Tuvo un accidente… más o menos.

Neal se giró sorprendido. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no había oído entrar a nadie. El timbre de aviso de la puerta parecía que no funcionaba. Ahogó una sonrisa al ver a la joven del día anterior. A esa distancia, sus ojos bordeados con oscuras pestañas aun le parecían más bonitos.

—¿No me digas? —le tendió la mano para que se la diera.

Grace lo miró seria. No esperaba encontrárselo allí. Con razón

no le había dado importancia al accidente.

—¿Te estás burlando de mí? —le preguntó desconfiando de entregarle la *tablet*.

—No, claro que no —. Hizo además de cogerla.

—Pero sabías que vendría aquí —le respondió retirando de su alcance la *tablet* con un movimiento de brazo.

—Era una posibilidad, sí —. Seguía con la mano en alto esperando que se la diera.

Grace, molesta por su actitud burlona, dio un paso atrás, dispuesta a guardar la *tablet* en el bolso.

Neal salió del mostrador con rapidez y con gesto y mirada firme pero amable la sujetó por la muñeca.

Grace se sorprendió de su cercanía y del calor que sintió ante su contacto. Tanto que fue incapaz de reaccionar ante él y permitió que cogiera la *tablet* y le echara un vistazo. Era un poco más alto que ella y olía de maravilla a un perfume que no supo identificar.

—No te enfades. Te la voy a arreglar y no te voy a cobrar nada ya que la rompí yo.

Grace le mantuvo la mirada, desconfiada. Esa actitud desenfadada no le gustaba, pero por lo menos aceptaba su responsabilidad. No quería deberle nada, ni siquiera quería que le cayera bien, pero dudaba que allí hubiera otro lugar donde arreglarla y la necesitaba cuanto antes.

—Está bien, pero puedo pagarla.

—No lo dudo, pero lo justo es que yo me encargue. Dame un par de días —le pidió mirándola con una media sonrisa.

Grace asintió con forzada indiferencia. Además de guapo parecía eficiente y amable.

—Puedo dejarte otra mientras tanto si la necesitas.

—No, supongo que…

La puerta se abrió de repente haciendo que los dos se giraran. Neal frunció el ceño sorprendido. ¿La policía? Vio tras la puerta que se había quedado abierta, que el coche patrulla casi invadía la acera. ¿No era un poco exagerado?

Jane Muldoon aún no le había firmado el permiso para abrir. Realmente la tienda no estaba abierta. Aún tenía mucho que colocar. Había limpiado a medias los cristales, permitiendo ver ligeramente el interior. Por lo visto no debía haberlo hecho. Debería cerrar con el pestillo o colocar algún cartel con un aviso de *próxima apertura*. Lo haría sin falta en cuanto se quedara solo.

—Grace, no estarás comprándote un ordenador o algo así, ¿no? Quedamos en que ibas a tomarte unos días de descanso.

Grace miró a su hermano levantando la ceja, disimulando su rubor, y se llevó una mano al pecho con un fingido gesto de ofensa.

—Steve, por supuesto que no me estoy comprando un ordenador. Estoy saludando a … —miró a Neal que los miraba en silencio, expectante— a… — ¿No iba a decir su nombre para cubrirla? Por lo visto no—. Lo conocí ayer en el lago.

Neal confundido, asintió aliviado. ¿No venía por él? Creía que habría corrido la voz de que la tienda estaba abierta sin permiso aunque no fuera cierto. No quería tener problemas antes de abrir.

Steve lo miró con cierta desconfianza, antes de volver a mirarla a ella.

—Bien... Disculpa… —le dio un leve beso en la mejilla—. En casa nos vemos.

Grace asintió sin moverse. ¿Pensaba seguir actuando como un hermano mayor? ¿A esa edad? Ambos lo siguieron con la mirada, en silencio, hasta que salió por la puerta.

Neal la miró interrogante cuando se quedaron a solas.

—Mi hermano… —. ¿Cómo justificarlo?

—Me llamo Neal.

Grace le miró con una mueca.

—A buenas horas… No tardarás mucho en arreglarla, ¿verdad?

—No, no te preocupes. En un par de días te aviso.

Grace asintió dispuesta a marcharse. Iba a girarse cuando se detuvo para mirarle.

—Eh... Si te pregunta mi hermano, yo no te he dejado ninguna *tablet*.

Neal contuvo una sonrisa. No entendía sus palabras, pero no necesitaba hacerlo.

—No me gustaría tener problemas con la policía —aceptó burlón.

—Si no, los tendrás conmigo —le advirtió Grace con una sonrisa fingida.

Neal asintió mientras la acompañaba a la puerta No le importaría tenerlos con ella, pensó, sorprendiéndose a sí mismo.

Acababa de cerrar a su espalda cuando escuchó la puerta abrirse. ¿Se había dejado algo?

Una preciosa joven de cabello rubio y largo se asomó por ella, decidida.

—Neal, ¿acaba de salir alguien de tu tienda?

—No. Sí. Una mujer. La conocí ayer.

Miró hacia dentro del despejado espacio, desconfiada.

—Ya no te queda nada para poder abrir al público.

—Me queda lo que tú consideres. Cuando me des el permiso…

—De eso venía a hablarte. Tengo mucho que hacer y me han llamado de la guardería porque Alice, por lo visto, no se encuentra bien. Necesito que alguien me ayude a preparar la fiesta de

Halloween, así que cuento contigo. Gracias. Me voy…

—No te he dicho que sí.

—Tampoco que no. Me voy a por Alice. Ya hablaremos.

Neal vio salir a la joven bibliotecaria y concejala de cultura de Edentown. ¿Qué le había dicho sobre una fiesta de Halloween? ¿Qué sabía él de eso? Decidió eliminar el pensamiento de su cabeza. Tenía otras cosas en las que pensar, como en la joven morena que había salido hacía poco. Aunque tampoco tenía por qué pensar en ella, se recriminó. Era bonita…

—Steve me ha dicho que te ha visto en la tienda de ordenadores hablando con Neal —le comentó Carlee mientras recogían los platos de la cena.

—Ah, sí…

Grace miró insegura a la rubia menuda y alegre que guardaba en la nevera los restos de la cena. ¿Qué excusa podía darle para justificar su presencia en la tienda?

—Neal parece un buen hombre. Llegó no hace mucho y creo que no tiene pareja.

—No me importa. Es decir, no tengo ganas de empezar ninguna relación, la verdad.

—Eso es ahora. Cuando Todd, mi exnovio, el de la hamburguesería de la plaza, me dejó tampoco quería saber nada de ningún hombre. Me dolió mucho, la verdad. Estuve un tiempo sola, pero luego apareció tu hermano —sonrió enamorada—, y mi vida cambió. Descubrí lo que era el amor de verdad. Era el hombre adecuado para mí. Me encanta estar con él, me ayuda, me complementa, me hacer reír, me hace sentir que soy maravillosa… Estoy deseando que llegue a casa, siento que me cuida… No sé si me explico…

Grace la escuchaba con cierta envidia. Los ojos de Carlee brillaban cuando hablaba de su hermano. ¿A ella le habían brillado alguna vez al hablar de su exmarido?

—Con Archie… no sé qué pasó. Quizá me centré mucho en mi trabajo. Tenía unos horarios criminales, doblaba turnos porque faltaba personal, pasé años sin vacaciones… Fueron épocas de mucho trabajo y estrés. Llegaba a casa cansada e irritable y lo que menos me apetecía era estar con él. Aunque creo que él tampoco quería estar mucho conmigo.

—¿No te apoyaba?

—No, pero tampoco sé si yo me dejaba apoyar, la verdad. Hay veces que pienso que me obsesioné con el trabajo porque realmente no

quería estar en casa… Otras veces pienso que él no supo estar a la altura y me dejó caer… Mi trabajo me gustaba… Da igual. Ya no tiene remedio.

—Pero estás mejor, ¿no?

—Sí. Ya ha pasado un tiempo, sigo tomando medicación, pero he empezado a cuidarme, que era algo que no hacía. Creo que estoy preparada para volver a trabajar otra vez.

—Ah, no. Steve me ha dicho que te vigile, que no puedes empezar a trabajar tan pronto. Tienes que estar bien para ello. Trabajas con niños.

—Ya lo sé. No haría nada que pusiera en peligro a ninguno de ellos, pero de verdad que estoy mejor. El cambiar de aires, la medicación, el ejercicio, repetir afirmaciones positivas… creo que está haciendo su efecto. Enseguida empezaré con el yoga y la meditación… Parezco un libro de autoayuda —sonrió divertida—, pero el caso es que funciona.

—Pues mejor. Vámonos al *Shamrock* a celebrarlo.

—Pero mañana tienes que trabajar.

—Solo tomaremos una copa. Te presentaré a algunas de las chicas.

—Hace mucho que no salgo.

—Por eso. Steve se quedará con Cinthia. Ponte algo sexy y vámonos.

—¿Sexy? No sé si tengo algo de esas características en todo mi vestuario. Hasta hace poco era una pediatra casada. Seguro que tengo alguna camiseta de gatos o de color rosa, pero sexy…

—Te dejaré algo mío. No creo que una camiseta de gatos resulte sexy a nadie.

—No quiero encontrar pareja.

—Nunca se sabe. Imagina que encuentras aquí al hombre de tu vida y te quedas definitivamente a vivir en Edentown. Sería lo mejor que nos podría pasar. Un regalo que te hiciera la vida. ¿Por qué no?

Grace sonrió ante la facilidad con la que Carlee se imaginaba situaciones que no tenían por qué producirse. Esa ilusión que compartía siempre en todo lo que hacía le recordaba a su época del instituto donde todo parecía más fácil.

—Bueno… lo primero que me tendría que regalar la vida es un trabajo.

—No sé que decirte. Ya sabes que Steve no está de acuerdo con que empieces tan pronto. Conocer un hombre es más divertido y no tienes por qué casarte con él, solo pasar un buen rato.

—Con salir a tomar algo me conformo —consintió Grace siguiendo a Carlee hasta su dormitorio.

Aceptó una de las dos camisetas que le ofreció. La menos

escotada. No recordaba cuándo había sido la última vez que había salido por la noche. Días después de separarse, sus tías la habían llevado a cenar fuera de casa y a tomar algo a un pub. Era lo bonito de formar parte de una familia numerosa, acogedora y demasiado bulliciosa.

La música animada las envolvió conforme entraban al *Shamrock*. También sus luces cálidas y el entorno acogedor. El pub estaba bastante más concurrido de lo que esperaba pese a ser entre semana y no tener actuación en directo.

Grace siguió a Carlee hasta una de las mesas donde tres jóvenes de edades similares hablaban animadas. Recordaba a alguna de ellas de sus visitas anteriores, pero no sus nombres.

—¿Recordáis a Grace, la hermana de Steve? Ha venido a pasar unos días con nosotros —les comentó mientras ocupaban las dos sillas vacías que había entre ellas.

—Allí está sentada Andrea —le avisó a Carlee una joven de cabello castaño antes de dar un sorbo a su bebida. Grace la recordó como la propietaria de la tienda de novias de la plaza.

Carlee miró a su alrededor hasta divisar en la barra a la joven y atractiva morena con vestido negro escotado. Todas siguieron su mirada.

—Está hablando con Jimmy —señaló Carlee—. Courtney, si no estuviera contigo —miró a una joven de bonitos ojos azules—, apostaría a que ya no volvía con nosotras. Buscaré otra silla.

—¿Jimmy? Lo dudo. No había manera de que nos mirara a ninguna —añadió con una mueca la dueña de la tienda de novias.

—Janice, a ti nunca te gustó Jimmy —le recordó la que llevaba el cabello a la altura de los hombros.

—¿Y qué? Bueno, Jimmy jamás pudo olvidar a Courtney.

—Ni yo a Luke, pero eso no impedía que buscara una relación.

—Oh, Maud, ¿quién iba a pensar que Luke regresaría después de tanto tiempo? No creía en los amores de verano y mira…

La aludida suspiró enamorada. Grace sonreía escuchando los comentarios entre ellas. Podía sentirse la confianza y el cariño que se sentían. Carlee regresó con una silla a la vez que la mujer morena de generoso escote.

—¿A quién tenemos por aquí? La hermana de Steve, ¿no?

Grace asintió mientras la veía ocupar la silla vacía que había dejado Carlee a su lado.

—Sí, no la asustes —la reprendió Carlee con cariño—. No quiere encontrar pareja.

Grace la miró ruborizada. Nadie tenía por qué saber que…

—Oh, no te moleste —le explicó Carlee despreocupada—. Aquí nos conocemos todas. Es cuestión de tiempo que sepan que estás

divorciada.

Las cuatro jóvenes asintieron sin darle mayor importancia a su situación sentimental. Grace se sintió parte de ellas, arropada y aceptada sin ninguna exigencia.

—Su ex fue un capullo —añadió Carlee con el ceño fruncido—. La dejó cuando más lo necesitaba.

—Bueno… —parpadeó Grace, ligeramente incómoda.

—Si era un capullo, era un capullo —aceptó Maud encogiéndose de hombros.

—¿Ya has aprendido? —le preguntó Andrea con una sonrisa pícara.

—¿El qué? —preguntó Grace confundida.

—Lo que sea que hayas tenido que aprender.

—Eh… Supongo que sí. ¿Que no quiero saber nada de hombres?

Todas menos Andrea sonrieron divertidas.

—Vamos a ver, chicas. A estas alturas de la vida…

—No somos tan mayores —se quejó Janice, burlona— y me niego a aceptar que no voy a encontrar un hombre para mí.

Andrea miró a Grace, ignorando a Janice.

—Seguro que le pediste perdón.

—Bueno… Yo estaba muy estresada y supongo que lo descuidé un poco.

—Y antes de eso, ¿no le avisaste? ¿No se dio cuenta de que estabas mal? —le preguntó Andrea—. Porque las parejas no se rompen de la noche a la mañana. Seguro que hablaste con él sobre tus necesidades muchas veces.

Grace se encogió de hombros. Claro que lo había hecho, aunque quizá sin mucha insistencia.

—Sí, pero…

—¡Janice! —exclamó una joven llorosa llegando hasta ellas—. Voy a dejar a Chris.

—Prue, ¿estás bien? Grace, esta es mi hermana.

Grace saludó a la joven vestida de rojo que se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano dejando un rastro negro en sus mejillas.

Maud le dejó su silla y se acercó a por otra a una mesa cercana antes de incorporarse de nuevo con ellas.

—No tenemos nada en común —les explicó sentándose—. No sé cómo decirle que se comporte de otra manera, le escribí una carta, le dije mil veces …

—Eh, eh, eh… —la interrumpió Andrea mientras le tendía un pañuelo—. Despierta, Prue. Nadie cambia por nadie. Si quiere cambiar será por él mismo y porque no quiera perderte—señaló al joven que

hablaba con una chica en el otro extremo del pub—, cosa que dudo.

—Pero si acabamos de dejarlo —exclamó sorprendida.

—¿Te das cuenta? —le preguntó Andrea a Grace—. Ya no somos adolescentes. La etapa donde le envías largos párrafos diciéndole lo que te duele y pidiéndole que cambie o te vas a alejar —miró a Prue—, para la próxima vez, te recomiendo saltártela…

Grace se atragantó con su bebida ante la cruda sinceridad de la joven que se dirigía a Maud, seria.

—La etapa de querer salvar a un hombre con problemas y hacer de su terapeuta te recomiendo saltártela.

Maud carraspeó con una mueca.

—La etapa de enseñar a un hombre a cómo tratarte te recomiendo saltártela —prosiguió sin esperar respuesta, mirando a Carlee—. La etapa de estar con alguien que no suma ni aporta nada bueno a tu vida te recomiendo saltártela.

Grace parpadeó mirando a Carlee que levantaba las manos en señal de rendición, con una sonrisa tímida.

—La etapa de demostrar que eres super independiente para que te valoren por ello te recomiendo saltártela —señaló con el dedo a Janice—. La etapa donde finges que no te gustan las flores o los detalles para amoldarte a un hombre que no quiere cuidarte como te mereces, te recomiendo saltártela —miraba a Courtney que asentía sonriendo—. La etapa de dejar de ser tú misma para agradarle a un hombre te recomiendo saltártela. Conclusión: Valórate y quien quiera, que venga y se quede contigo.

Courtney, Maud y Carlee alzaron las copas a modo de brindis, entre sonrisas. Andrea levantó la suya y miró con la ceja levantada a las que no habían levantado su copa.

Grace, Janice y Prue se miraron indecisas antes de rendirse a sus palabras y levantar sus copas para el brindis.

—No sé si algún día encontraremos pareja —murmuró a regañadientes Janice mientras alzaba su copa.

Entre sonrisas, brindaron antes de dar un sorbo a sus bebidas.

—Supongo que la clave es respetarse a una misma… —comentó Grace.

—Y no conformarte con las migajas de nadie —añadió Andrea.

—El día que encuentres un hombre, Andrea —le dijo Carlee—, habrá que celebrarlo.

—No tengo razón, ¿o qué?

—Sí, pero no es tan fácil —se quejó Janice.

—Claro que sí. Courtney, ¿es fácil estar con Jimmy?

—Sí.

—Pero… —insistió Prue.

—Pero nada. Carlee, ¿es fácil estar con Steve?

—Ay, es que Steve es… —sonrió enamorada.

—¿Ves? Pero estabas empeñada en estar con Todd. Que no, chicas, que las relaciones son más sencillas de lo que pensamos.

—Y por eso tú estás soltera —la acusó Prue.

—Yo disfruto de mi soltería —sonrió fijándose en los chicos que había a su alrededor.

—Un día llegará un hombre… —vaticinó Janice.

—Sí. Un día llegará un hombre que me amará y me cuidará como me merezco. Probablemente lo pida como regalo de Navidad, pero mientras tanto, disfrutaré de otros regalos… Voy a hablar con Neal — señaló al joven que llevaba un rato sentado a la barra, frente a Jimmy—. Ninguna estáis con él, ¿no? Qué tontería, no estaríais aquí si pretendierais algo.

—Bueno… —se justificó Janice—. No lleva tanto tiempo aquí como para que sepa que existimos.

Andrea sonrió con una expresiva mueca de resignación mientras se levantaba.

—Janice, no puedes esperar a que él se fije en ti. Ponte delante y si no te ve, vuelve a ponerte otra vez.

—No es tan sencillo.

—¿Tú crees?

Andrea caminó decidida con su sugerente contoneo de caderas, hacia el hombre sentado a la barra que se tomaba tranquilamente una cerveza.

—¿Será capaz de acostarse con él? —les preguntó Prue en un susurro.

—Es Andrea —justificó Carlee—. Es directa, guapa y no quiere ataduras. Supongo que es un sueño para cualquier hombre.

Todas la siguieron con la mirada.

—Creo que le doy demasiadas vueltas a las cosas —se justificó Prue—. Supongo que los hombres no quieren mujeres que estén continuamente preocupadas por todo.

—Eso es que no ha aparecido el hombre adecuado —le aseguró Carlee—. Cuando Steve apareció supe que era para mí.

—Tampoco lo supiste a la primera—le recordó Janice.

—Sí, pero él me convenció —sonrió enamorada.

Neal vio a Andrea acercarse mientras las demas ocupantes de la mesa la miraban con curiosidad. Se había fijado en ellas nada más entrar. A alguna ya la había visto por allí, pero a la hermana del policía era la primera vez que la veía y le sorprendió encontrársela. Supuso que estaría de visita en casa de su hermano por unos días.

—Estás muy solo —le sonrió coqueta la joven morena con vestido escotado.

Neal se encogió de hombros, despreocupado.

—Me gusta estar solo.

—¿Siempre?

—Con mucha frecuencia.

—¿A estas horas?

Neal sonrió levantándose y pagando la consumición. Tenía razón. Era tarde y al día siguiente tenía que abrir la tienda pronto porque había quedado con Cameron para los últimos detalles.

—Sí. Se me ha hecho tarde.

—¿Te doy miedo? —le preguntó directa.

Neal sonrió atractivo.

—No. ¿Debería tenerlo?

—No —le aseguró ella—. Yo también estaba pensando en irme. ¿Nos vamos juntos?

—No creo que vayamos hacia el mismo sitio.

—O puede que sí —le sonrió caminando a su lado.

Salieron juntos del pub irlandés ante la divertida y atónita mirada de las chicas. Grace frunció el ceño, confundida. ¿Tan fácil era encontrar un hombre con el que acostarse? Quizá sí… Ella nunca lo había comprobado. Dio otro sorbo a su bebida. No lo probaría. No quería saber nada de ningún hombre. La experiencia con Archie la había superado. No estaba preparada para ninguna otra relación. Ni siquiera pensaba planteárselo.

Al mediodía siguiente, Grace acudió al gimnasio justo después de comer. No lograba incluir el deporte en su rutina diaria, aunque tampoco consideraba que estuviera manteniendo ninguna porque no tenía jornada laboral. Debía encontrar trabajo para poder volver a la normalidad en su vida cuanto antes.

Miró con disimulo al que, por lo que le había dicho Carlee, era el dueño del gimnasio, detrás del mostrador: cabello revuelto y oscuro, ojos del mismo color, barba de dos días, mandíbula fuerte, labios definidos y algún que otro tatuaje. Estaba casado, sí, con la dueña de la floristería, pero había que reconocer que era agradable de mirar. Su ropa deportiva era negra, holgada y con el logo del gimnasio.

Estaba atendiendo a unos jóvenes sobre unos horarios de no había entendido qué disciplina. Eso le permitía observarlo con más tranquilidad.

—Te veo en todos los sitios.

Grace se giró al escuchar esa voz a su espalda. Allí estaba el dueño de la tienda de informática, despeinado, con una camiseta sudada de manga corta y unos pantalones cortos, en vez de estar

arreglando su *tablet*. Sonreía desenfadado. No le extrañaba si había pasado la noche con Andrea. ¿Por qué se veía tan atractivo con esa ropa?

—Podría decir lo mismo, pero no me importa.

Neal asintió divertido. Esa mujer parecía estar siempre a la defensiva. Tendría sus razones, y aunque podían interesarle no le preguntaría por ellas en ese momento. Él no pensaba atacarla ni había hecho nada para que pensara que fuera a hacerlo. Le había roto la *tablet* por accidente, pero también se la había arreglado. No le había preguntado por su nombre ni por su número de teléfono para avisarle de ello porque había supuesto, y no se había equivocado, que sería fácil volver a verla.

—Puedes pasarte cuando quieras a por tu *tablet*.

—¿Ya la has arreglado? Has sido rápido.

—No siempre lo soy —murmuró con voz ronca.

Grace asintió sonrojándose ante un posible doble sentido de ese comentario. Parecía que la estuviera acariciando con la mirada. Necesitaba buscar trabajo cuanto antes para no pensar en cosas raras. Fue a girarse y darle la espalda de nuevo pero se arrepintió.

—Me has dicho que puedo pasarme cuando quiera, pero ahora no estás allí. ¿A qué hora estarás esta tarde? No quiero ir y no encontrarte porque estés ocupado haciendo otras cosas.

Cosas como jugar a la pelota junto al lago, exhibirte en el gimnasio o acostarte con Andrea, refunfuñó en su interior.

Neal miró el reloj deportivo de su muñeca.

—¿Quedamos a las siete?

—¿A esa hora abres?

—No, a esa hora casi cierro. Aún no tengo los permisos para abrir por lo que no estoy sujeto a un horario, pero pasaré toda la tarde en la tienda para llenar los estantes.

—Bien —aceptó a regañadientes ante su lógica explicación—. No sabía si habrías quedado con Andrea.

—¿Por qué iba a quedar con ella?

Grace se sonrojó incómoda. Había sonado a mujer celosa y no tenía ningún motivo para serlo.

—Disculpa. No sé por qué lo dije —le mintió—. Da igual. Me pasaré esta tarde…

—¿Es tu compañera de boxeo? —preguntó a su espalda el dueño del gimnasio a Neal.

—No, no… —le respondió burlón Neal antes de mirar a Grace, divertido—. A no ser que quieras serlo.

Grace negó con la cabeza como si hubiera dicho una barbaridad.

—No, claro que no —miró al dueño del gimnasio—. Quería

preguntar por los horarios.

Él asintió tendiéndole un tríptico con el logo y el nombre del gimnasio antes de dirigirse a Neal.

—Puedes entrar en la sala. Enseguida estoy contigo. Estás a tiempo de entrar en la clase de boxeo —le sugirió a la joven.

Neal esperó su respuesta con atención. No hubiera estado mal tener un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con ella. Los dos despeinados, sudando, jadeando por el esfuerzo…

—No, gracias —le respondió seria—. No creo que eso sea lo que busco.

—No lo sabrás hasta que no lo pruebes.

—No sé si quiero probarlo —reconoció mirando el tríptico con las clases organizadas y sus horarios.

Neal se rindió en su espera. Ese día, por lo visto, no habría ningún tipo de acercamiento. Tampoco es que lo necesitara o lo estuviera buscando. Las relaciones de pareja no habían sido su fuerte. Apenas le habían interesado y no tenía por qué cambiar de parecer. Con un gesto de despedida se alejó de ella.

Grace lo siguió con la mirada sin disimulo hasta que el dueño del gimnasio carraspeó a su lado.

—Me llamo Hudson. Míralo con calma y curiosea todo lo que quieras —le recomendó—. En la sala grande tienes aparatos y no necesitas horarios para acceder a ella. En las pequeñas están las clases organizadas. Ahora hay boxeo, ¿te apuntas? La primera clase es gratis.

Grace negó con la cabeza. No estaba preparada para participar ni ser testigo de una exhibición de testosterona en ese momento.

—No, gracias. Creo que empezaré con los aparatos y escogeré un par de clases organizadas.

—Perfecto. Encontrarás al monitor en la sala —le señaló hacia dónde tenía que dirigirse—, pregúntale lo que necesites. Los vestuarios con las taquillas los encontrarás nada más cruzar esa puerta.

Grace asintió siguiéndole con la mirada cuando se alejó de ella. A ese hombre la ropa deportiva también le quedaba muy bien. Con un suspiro se dirigió a las taquillas. No quería saber nada de ningún hombre, se recordó.

Por la tarde, Grace paseó por el lago y el bosque contiguo. Ese lugar lleno de paz le estaba encantando. También las pequeñas tiendas de la calle principal. El escaparate de *Los dulces de Carolyn* le había hecho caer en la tentación y se había comprado un *cupcake* por placer y no por esa necesidad de comer que los últimos meses se había instalado

en ella como amiga íntima de la ansiedad. Todavía podía paladear su sabor, suspiró.

Aunque estar cerca de su hermano, Carlee y Cinthia, sin duda era lo mejor, echaba de menos al resto de su bulliciosa familia. La habían apoyado mucho. Mientras trabajaba, y porque a Archie no le caían excesivamente bien, no había podido verlos tanto como hubiera querido. En esa nueva etapa que esperaba comenzar en no sabía dónde, estaba decidida a reunirse en alguna de las comidas familiares por lo menos cada dos meses además de en Acción de Gracias y Navidad.

Por eso no le importaba mudarse si encontraba un nuevo trabajo. Lo peor era que echaría en falta las sonrisas de Cinthia, sus expresivas manitas cuando le explicaba lo que había hecho ese día y sus besos antes de irse a dormir que le llegaban al alma. Ser tía era una de las mejores cosas de la vida, reconoció agradecida.

Siguió caminando. Podría alargar la estancia en ese lugar hasta que apareciera ese nuevo trabajo. Para eso tenía que recoger la *tablet*. Llegó hasta la puerta de la tienda de informática y tiró de ella sin conseguir entrar. Volvió a hacerlo, confundida.

Neal sonrió al verla frente a la puerta. Empujar, tenía que empujar, susurró al verla tirando de ella. Por fin entró, se dijo sacando de debajo del mostrador su *tablet* arreglada.

En cuanto la joven llegó hasta él y cruzaron las miradas, la puerta se abrió dando paso a una mujer rubia que entraba decidida con una niña pequeña sentada a horcajadas sobre su cadera.

—Dime que no has abierto la tienda sin los permisos —le reclamó la preciosa joven de ojos azules.

Neal levantó las manos en señal de rendición.

—Jane, mira a tu alrededor. No he terminado de montar las cosas. Cometí el terrible error de empezar a limpiar los cristales antes de tiempo, pero te aseguro que no abriré hasta que todo esté en regla.

La joven asintió satisfecha antes de mirar a Grace y ver que tenía una mano apoyada sobre la *tablet* que había sobre el mostrador.

—Justo me estaba diciendo eso. He venido a pedirle que arreglara mi *tablet* —se la metió en el bolso—, y me ha dicho que no puede hacerlo, así que, me la llevaré y esperaré a que abra.

Jane la miró con cierta suspicacia.

—Eres la hermana de Steve, ¿verdad?

Grace asintió mientras llevaba una mano a la carita sonrosada de la niña que llevaba en brazos.

—Sí, me llamo Grace.

Grace, se repitió Neal mentalmente.

—No es Acción de Gracias ni Navidad, ¿hasta cuándo te quedas?

—No estoy segura… Esta niña tiene fiebre…

—Lo sé. Dylan me recetó un jarabe. Ahora volvía a casa para darle un baño y la medicación. ¿Tienes tiempo libre?

Grace asintió extrañada.

—Me salvas la vida. Cuento contigo para que ayudes a Neal a preparar la fiesta de Halloween.

—Jane, aún no te había dicho que sí —le reclamó Neal.

—Y yo aún no te he dado los permisos. Te los enviaré esta noche junto con lo que necesito que preparéis. No me mires así, Neal. Has estado en la Marina. Sé que eres capaz de organizar un batallón si hace falta. Y tú, Grace, tienes tiempo libre. Seguro que puedes ayudar a Neal. Tengo que cuidar a Alice. Jared está de viaje, igual que mis padres y Peter e Isabella bastante tienen con la pizzería y sus niños. Muchísimas gracias a los dos. Ya me iréis contando.

Grace miró a Neal.

—¿Qué ha pasado?

—Jane Muldoon. Eso es lo que ha pasado. No te creas que no tiene tiempo. Por lo que sé, esa mujer tiene energía de sobra para organizar lo que sea que se proponga. En el poco tiempo que llevo aquí me he dado cuenta de eso.

—Sí, pero ¿qué es eso de la fiesta de Halloween?

—Solo es una noche. Habrá que preparar alguna actividad para los niños, un reparto de chocolate en la plaza y supongo que poco más. Ya te lo contaré en cuanto reciba la información. ¿Cuento contigo?

—¿No te importa tener que prepararlo?

—No —. Eso no le obligaba a socializar—. Estoy dispuesto a quedarme en Edentown y eso implica arrimar el hombro cuando haga falta. Además no estoy solo. Estás tú.

—Yo no he dicho que sí.

—Creo que ni Jane ni yo hemos escuchado el *no*.

Grace lo miró confundida.

—Bienvenida a Edentown.

Grace parpadeó incrédula. No tenía tiempo de… Sí, tiempo tenía pero no le gustaba que la obligaran a… No le disgustaba tanto la idea. Asintió resignada pero extrañamente reconfortada.

—Dime cuánto te debo por la *tablet*.

—Te la rompí yo. No me debes nada. En todo caso yo te debo un zumo por el que se te cayó sobre el jersey.

—Olvídalo —le respondió dirigiéndose hacia la puerta mientras él la acompañaba para abrirla, galante.

Un puñado de mujeres de diferentes edades que sobrepasaban los sesenta años entraron decididas apabullando a la pareja. Grace tuvo que esquivarlas para salir. Neal las observó aturdido mientras la

veía alejarse sin mirar atrás.

—Señoras, está cerrado.

El parloteo de todas las mujeres a la vez, algunas hablando entre ellas y otras dirigiéndose a él le hizo fruncir el ceño, desconcertado.

Una de ellas, con el cabello corto y castaño y grandes ojos del mismo color, pareció erigirse como líder del grupo. El resto de las mujeres se movieron con una precisión casi militar, cerrando filas a su alrededor. Neal tuvo un súbito presentimiento de que no iba a ser una conversación rápida ni fácil.

—Me llamo Adrianne. Te necesitamos.

—¿A mí?

—Sí —. Todas las mujeres asintieron firmes con la cabeza apoyando a la compañera—. Tienes que enseñarnos a utilizar en condiciones esas máquinas modernas: los ordenadores.

—Y los móviles —añadió la morena de cabello corto y rizado que había visto alguna vez tras el escaparate, agitando un teléfono móvil tan anticuado que a Neal le costó recordar si esos modelos aún existían.

—Y esas cosas que hacéis hoy en día... ¿Cómo se llama? Ah, sí, ¡Instagram! ¡Y Tiktok! —exclamó otra de ellas.

—Y Pinterest. Las flores de Gwen quedan preciosas. Se lo gestiona Shelby Payne, pero yo podría ayudarla también —asintió una mujer rubia de ojos azules.

Todas volvieron a hablar a la vez sugiriendo ideas de lo que se suponía que necesitaban aprender.

Neal contuvo la sonrisa que le producía ver a todas ellas hablando al mismo tiempo y apoyándose a la vez unas a otras. Parecían más que decididas a aprender lo que se habían propuesto, pero él no se había planteado nada al respecto. En todo caso, lo contrario. Trató de encontrar las palabras adecuadas para negarse sin ofenderlas.

—No sé si sea una buena idea. Acabo de abrir… Bueno, ni siquiera he abierto y, además, enseñar todo eso puede llevar mucho tiempo.

—Pero tú eres el mejor para hacerlo, muchacho —intervino la mujer rubia de ojos azules y una sonrisa tan dulce que Neal sintió un pequeño pinchazo de culpa—. Nos han dicho que eres un experto en estas cosas.

—Sí, pero...

—Mira, no tiene que ser muy difícil —insistió Adrianne, sacando un cuaderno con flores bordadas en la tapa—. Tú solo nos das unos consejillos, y nosotras tomamos notas. Somos aplicadas, ¿verdad, chicas?

El resto de las mujeres asintieron con tanto entusiasmo que Neal tuvo que reprimir una sonrisa, que se paralizó cuando vio que todas sacaban pequeñas libretas de sus bolsos.

—La informática es un campo muy amplio. Aprender todo lo que implica puede llevar meses…

—Tenemos todo el tiempo del mundo —respondió otra mujer con preciosos y expresivos ojos azules—. Además, así podremos hacer fotos a nuestros nietos sin pedir ayuda cada vez. Cualquier día Bronwyn se enfadará conmigo.

—Y hacer videollamadas —agregó la mujer de la sonrisa dulce —. La última vez que intenté hablar así con mi hijo, solo veía mi frente en la pantalla. Gwen trató de explicarme, pero de verdad que no sé lo que hice mal.

Neal soltó una risa que intentó disimular con una tos. La determinación en los ojos de esas mujeres era admirable, pero él seguía sin sentirse capaz de dar una clase formal.

—No es que no quiera ayudarles, pero realmente no sé si soy el más indicado para enseñar... Además, no tengo espacio suficiente. La trastienda es demasiado pequeña y…

—Oh, pero eso no es problema —le explicó Adrianne mirando a su alrededor con los brazos abiertos—. No hace falta la trastienda. Sácanos unas sillas. Podemos quedarnos aquí y tú podrás atender a los clientes que entren.

—No será todos los días. Con uno a la semana nos conformamos —le aseguró la de expresivos ojos azules—. Una tarde. Así no tengo que dejar la peluquería mucho tiempo, aunque Lacey la lleva casi sola.

—Los lunes vamos a pintura, no puede ser. Los martes es el club de lectura y los jueves tampoco que hay exposiciones —enumeró la morena de pelo rizado.

—Doris, los viernes son las clases de yoga —le recordó otra.

—El miércoles es el mejor día —decidió Adrianne siendo secundada por el resto de sus amigas.

Neal negó con la cabeza, aturdido mientras levantaba las manos en señal de rendición.

—Oh, vamos —la mujer de sonrisa dulce puso una mano en su corazón como si estuviera profundamente conmovida—. Piensa en lo que esto significaría para nosotras. Poder comunicarnos con nuestra familia, ver fotos, entender esos cacharros que nuestros hijos insisten en regalarnos… ¡Sería un sueño hecho realidad!

—No tengo el local preparado para esto. Necesitaría colocar muchos más enchufes para conectar ordenadores, distribuir las mesas de otra manera…

—Perfecto —aplaudió la dueña de la peluquería, satisfecha—.

Cameron es rápido trabajando. Vendremos la semana que viene para acordar precio y hora si te parece.

Neal miró los cinco pares de ojos suplicantes, llenos de esperanza. Finalmente, suspiró y sonrió. El negocio era el negocio.

—De acuerdo, de acuerdo... Les daré unas clases, pero con una condición.

Las mujeres, visiblemente satisfechas, lo miraron expectantes.

—Necesito que me prometan que tendrán paciencia, tanto conmigo como con ustedes mismas. Aprender estas cosas lleva tiempo, pero lo haremos a su ritmo.

Las señoras asintieron aliviadas uniéndose todas en un coro de agradecimientos.

Mientras las veía salir de la tienda, charlando emocionadas sobre sus futuras lecciones, Neal no pudo evitar sonreír resignado. Llevaba poco tiempo allí, pero en pequeños gestos como aquel se sentía formar parte de algo mucho mayor que él. No se había equivocado al mudarse para estar con su hermana, pero ser sociable nunca le había gustado. Debía acostumbrarse a eso, sobre todo con una puerta abierta al público.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Tendría que llamar de nuevo a Cameron para que le colocara una regleta con enchufes suficientes para cargar varios ordenadores a la vez. Miró a su alrededor. Podría reubicar varias mesas en un rincón y, realmente, dar clases mientras atendía a quienes entraran.

Se encogió de hombros. Se dejaría llevar por la vida. Cualquier ingreso le vendría bien nada más abrir el negocio. Mientras esperaba que Cameron le contestara la llamada, recordó la visita de Jane. Presentía que iba a estar ocupado unos cuantos días.

Grace aceleró el paso para volver a casa mientras recordaba el encuentro con Neal. Se detuvo en uno de los escaparates de la calle principal. Eran productos de belleza y cuidado personal, dispuestos entre hojas de colores cálidos y salpicados de pequeñas lucecitas. El efecto le encantó. No pudo evitar sonreir mientras retomaba el camino. Las hojas de los árboles habían alfombrado el suelo, el olor de los cupcakes recién hechos de *Los dulces de Carolyn*, la acompañaban en el paseo, ¿qué más podía pedir a ese momento?

Volvió a pensar en Neal. Iban a preparar juntos la fiesta de Halloween. Eso la mantendría distraída, aunque esa noche estudiaría detenidamente ofertas de trabajo. Quizá encontrara algo en algún lugar parecido a ese, o no muy lejos de la ciudad o de esa zona. Llegó a casa pensando que cenaría pronto y… ahogó una exclamación al entrar decidida en la cocina.

Steve estaba sin camiseta y besaba a Carlee apasionadamente, sentada sobre la encimera. Ambos se interrumpieron al escucharla.

Carlee, acalorada, sonrió nerviosa. Steve miró resignado a su hermana.

—Creí que habrías ido al *Shamrock*.

—¿A estas horas? ¿Sin cenar? —preguntó incómoda apretando contra su pecho el bolso con la *tablet* escondida—. ¿Dónde está Cinthia? Me la llevaré a comer una hamburguesa en la plaza.

—Arriba —le indicó Carlee—. Pero mañana tiene colegio.

—Vendremos pronto. Os daré tiempo para… —les sonrió comprensiva—. ¡Cinthia! ¿Me acompañas a comer una hamburguesa?

La niña bajó corriendo las escaleras con los ojos brillantes y una sonrisa expresiva.

—Sí, claro. Es una idea genial. ¿Puedo ir?

Los dos adultos asintieron mientras entrelazaban sus dedos.

—Pero no volváis tarde —les recordó Steve mientras salían por la puerta.

Poco después, sentadas junto a uno de los ventanales de la concurrida hamburguesería, Grace miró a su alrededor satisfecha. Eso quería ella. Poder acudir a una hamburguesería cerca de casa, tener a su sobrina parloteando animada a su lado, que su trabajo como pediatra no le interfiriera en su vida familiar, un entorno amable donde la gente se conociera…

Se fijó tras el cristal en el centro de yoga del otro lado de la plaza. Ya sabía dónde acudiría al día siguiente, después de pasar la noche buscando trabajo.

Al día siguiente, Grace bajó a la cocina donde Carlee estaba terminando de preparar el desayuno.

—Siento lo de ayer —se disculpó con una sonrisa nerviosa—. Steve es muy cariñoso… y Cinthia estaba en su cuarto.

Grace sonrió ruborizada. A ella también le gustaría compartir momentos así con alguien.

—Conozco a mi hermano, no te preocupes. Además, me disteis la oportunidad de salir a cenar con Cinthia. Me ha dicho que aquí está muy bien.

—Sí. No le costó nada adaptarse.

Grace se sirvió una taza de café.

—Estoy pensando en quedarme un poco más.

—Es perfecto, claro. El tiempo que quieras.

—No, solo hasta que encuentre trabajo.

—¿Ya vas a incorporarte? ¿No deberías descansar un poco más? A Steve no le gustará en absoluto.

Grace desvió la mirada. Se sentía mucho mejor, de su ansiedad y de su corazón roto. A ese paso, el aburrimiento la estresaría más que

la rutina de una vida organizada y el corazón prefería no tocarlo.

—Bueno, estaba pensando en que quizá podría buscar algún apartamento en alquiler. Ayer me pareció que, sobre los locales de la plaza, había apartamentos. Quizá haya alguno disponible.

—Algunos son oficinas. En la calle principal también hay, pero el que tengo sobre mi tienda está ocupado.

—Miraré a ver qué encuentro.

—No te vayas por nosotros. Nos gusta tenerte aquí y Cinthia está encantada.

—Sí, pero necesito empezar a tomar las riendas de mi vida otra vez.

—¿No vas a volver a la ciudad?

—Echo en falta a la familia, ya sabes cómo somos, pero creo que esto es algo que debo afrontar sola.

—¿Sola? ¿Y si te ocurre algo?

—¿Algo como qué? Llevo mucho tiempo así. Con Archie era lo habitual y vosotros estáis muy cerca.

Carlee la miró insegura.

—Yo no sé si sabría estar sola.

—Cuando no te queda más remedio, te acostumbras.

—No lo quiero probar, desde luego. ¡Cinthia, baja a desayunar! Nos vamos al cole. Por cierto, si necesitas algo para preparar la fiesta de Halloween avísame.

—Lo había olvidado. ¿Cómo lo sabes?

—Aquí las noticias vuelan. Seguro que lo hacéis de maravilla.

—No he dicho que sí.

—A Jane es difícil negarse.

Minutos después, Grace las vio salir por la puerta, sonrientes. Se quedó pensativa. Ella también quería sentir esa felicidad.

Un poco más tarde, animada, se dirigió al centro de yoga. Conforme se acercaba, se fijó en el letrero de fondo blanco: Centro de yoga y meditación *Crann Bethadh*. Un pequeño árbol en los mismos tonos que las letras, verdes y azules, terminaba de componerlo. Le parecía bonito y le transmitía paz.

Parecía que estaba cerrado. Quizá era demasiado pronto. Casi pegó la nariz al escaparate. Unos meses antes se habría enfadado ante ese inconveniente. Parecía que los cambios que había ido introduciendo en su vida estaban dando sus frutos. Se sentía en calma por primera vez desde hacía mucho tiempo.

No pudo evitar sonreír. En el escaparate había velas de diferentes formas y colores, ordenadas con una estrategia cromática

que transmitía orden y eficacia, bonitos jabones artesanales y un listado de servicios y horarios. Todo aquello irradiaba paz.

—Abrirá en veinte minutos —le indicó una voz masculina a su lado.

Grace giró la cabeza. Había reconocido la voz del hombre que salía de la puerta de al lado. Parecía recién levantado. Tenía el cabello húmedo y peinado hacia atrás. Miró hacia la puerta que había tras él con curiosidad. ¿Saldría Andrea? ¿Habría compartido la ducha con él?

—Te invitaría a un café —le comentó señalando hacia el lugar por donde había salido—, pero no tengo cafetera. Voy hacia la tienda, podemos ir a la cafetería de Carolyn y tomarlo allí mientras hablamos de Halloween.

Grace lo miró desconfiada. ¿No había desayunado con Andrea?

El coche de la policía paró junto a ellos y Steve se asomó por la ventana del copiloto.

—¿Vas a apuntarte a las clases de yoga? Te irá muy bien, ya lo verás —miró desconfiado a Neal.

—Eso le estaba diciendo —le comentó Neal despreocupado, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Te vas ya a abrir la tienda, ¿no?

Neal sonrió entendiendo el mensaje de mantenerse alejado de su hermana. Asintió y con un leve gesto se despidió de ambos.

Grace lo miró sorprendida antes de enfrentarse a su hermano.

—¿Le has echado?

—No. ¿Tú me has oído decir algo? Se ha ido porque ha querido.

—¡Steve!

—¿Tienes algo con él?

—No, claro que no.

—Entonces no tendría por qué preocuparte.

—Y no me preocupa pero… te encuentro en todos los sitios.

—Has venido para estar conmigo, ¿no?

—No tengo quince años. Necesito mi intimidad.

—¿Con Neal?

—No. Con quien quiera.

—¿Te vas a buscar un apartamento? ¿No estás bien en casa? Se lo tendrás que explicar tú a Cinthia.

Grace suspiró con una mueca. Carlee no había tardado nada en contárselo.

—Claro que estoy bien, pero necesito intimidad y vosotros dos, también —le recordó con ironía—. Así, Cinthia podrá venir a dormir a mi casa alguna vez.

Steve negó con la cabeza, fastidiado. Su compañero, un hombre alto de cabello oscuro muy corto, se incorporó sobre él para dirigirse a ella.

—Creo que hay un apartamento vacío sobre la tienda de vestidos de novia.

Grace miró hacia la bonita tienda de Janice, que también estaba cerrada a esas horas.

—¿A quién tengo que llamar para enterarme?

—A Megan SaintJames —le indicó el compañero—. Tiene la inmobiliaria en la calle de entrada a Edentown.

—Jason, ¿por qué se lo dices? —le preguntó Steve con una mueca—. ¿De verdad te vas a ir tan pronto?

—¿Irme? Me estoy quedando.

—Pero te podías quedar en casa.

—Sí, pero no quiero rehacer mi vida a tu sombra. Necesito mi propio espacio y tú el tuyo.

—Y la tendrás bien cerca —le animó el compañero.

—Voy a pasarme por la inmobiliaria hasta que abran el centro de yoga. Por cierto, luego quedaré con Neal. Ayudamos a Jane con la fiesta de Halloween.

Steve le mantuvo la mirada. Ella aceptó el desafío. Era una mujer adulta e independiente y su hermano tendría que acostumbrarse.

Steve fue el primero que, resoplando, desvió la mirada. Ella sonrió victoriosa, se despidió de ambos y se dirigió decidida hacia la calle de entrada al pueblo en busca de la inmobiliaria.

A mitad de mañana y con las llaves de su nuevo apartamento en el bolso, Grace llegó hasta la tienda de ordenadores que tenía los cristales totalmente limpios y la puerta abierta. Encontró a Neal, apoyado sobre el mostrador leyendo interesado unos documentos. La tienda estaba perfectamente organizada y las estanterías, ordenadas y repletas de artículos que era incapaz de reconocer. Ya debía estar oficialmente abierto.

—¿Algo interesante?

Neal levantó la cabeza para sonreír al verla entrar.

—No. Es lo que me envió Jane anoche sobre la fiesta de *Halloween*. Creo que es lo típico: una pequeña feria en la plaza, concurso de disfraces para niños, un desfile de linternas de calabazas…

Grace se acercó con curiosidad y echó un vistazo a los papeles.

—Bueno, parece que está todo bastante organizado.

—¿Y si hacemos algo diferente?

—Diferente, ¿cómo? ¿Una lectura de cuentos de terror?

—No, eso ya lo hace Jane en la biblioteca en su horario laboral.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Cine al aire libre en una pantalla grande junto al lago o una casa del terror —le explicó con sonrisa divertida—. A la entrada del bosque, no muy lejos del lago hay una casa oscura que parece abandonada. O cuentos de terror a las doce de la noche en el cementerio…

—Oh, por favor, eso es…

—¿Macabro? De eso se trata, ¿no?

—¿No has visto la película de *Coco*?

—¿Y tú *Halloween I, II y III*??

—Por supuesto que no. Prefiero *Coco*.

—¿Eres profesora de infantil?

—Pediatra —le respondió con una mueca burlona—. Pero, háblalo con Jane a ver qué le parece y ya me dirás. Veo que te ha dado los permisos para abrir.

—Sí. Junto al listado de ideas y proveedores. Realmente, lo tiene bastante organizado. Solo habrá que hacer unas llamadas para confirmar. Supongo que en la plaza podemos preparar el concurso de disfraces y el desfile de linternas, para que los niños recorran luego las calles pidiendo caramelos por las casas.

—Al día siguiente el centro médico estará lleno de niños con dolores de barriga —comentó recordando los años anteriores en su centro de trabajo.

—Y en el lago podemos preparar lo del cine al aire libre y la casa del terror. Tengo que averiguar quién es el propietario para pedirle permiso. La sala de exposiciones creo que va a preparar algo sobre *Halloween*, incluso la *foodtruck* podría abrir esa noche con *hotdogs* rebosantes de *ketchup*. Hablaremos con su propietario. Callum quizá podría abrir esa noche el puesto de bebidas del lago.

—Veo que lo tienes todo pensado.

—Esto lo recibí anoche y no podía dormir. Solo le he dado una vuelta.

—Bien, habla con Jane y ya me dirás algo.

—Dime tu número de teléfono.

Grace lo miró desconcertada. Sintió un nudo en el estómago ante una proposición tan sencilla. Su garganta se secó. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Un ataque de ansiedad? ¿Por qué? ¿Porque un hombre le pedía el número de teléfono? Trató de regular su respiración de manera consciente.

—¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza. Parecía que todo en su interior empezara a sufrir cortocircuitos.

—Eh… Me paso mañana y ya me dirás lo que te ha dicho Jane. Tengo que irme.

Sin esperar respuesta salió de la tienda. No hubiera pasado nada por darle el número de teléfono, se recriminó. Más bien, hubiera sido algo lógico. Sintió su corazón acelerado. No podía tener ataques de ansiedad solo porque un hombre le pidiera el número de teléfono. Más bien era ridículo porque estaban preparando una fiesta juntos. Respiró profundamente varias veces, tranquilizándose. Si su corazón se aceleraba era porque estaba vivo, y eso era una situación reconfortante, se animó.

Además, ya había pasado tiempo desde la ruptura, e incluso sentía que la relación de pareja entre ambos se había roto mucho antes de que todo se hiciera real. Neal era guapo y atractivo. Era imposible negarlo. Por lo tanto, era lógico que su corazón latiera un poco más rápido en su presencia, se justificó. Necesitaba distraerse y dejar de pensar en él y nada mejor que hacerlo con su preciosa sobrina.

Empezó a caminar hacia la casa de Steve, pero sospechó que era una manera de huir de todo lo que sentía. Resoplando, retrocedió sobre sus pasos y se dirigió a su apartamento. Necesitaba aprender a vivir en paz consigo misma, sus emociones y sentimientos. En su apartamento estaría bien, viviría sola, no le tendría que rendir cuentas a nadie y podría invitar a quien quisiera, se recordó.

Pero antes pasaría por La tienda de regalos de Carlee. Seguro que allí encontraba algo bonito para empezar a decorar el que iba a ser su nuevo hogar.

Poco después, subía las escaleras hacia su apartamento notando cómo diferentes emociones la embargaban a la vez. Cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella, soltando el aire que no sabía que había estado reteniendo. Respiró profundamente varias veces. Era un nuevo comienzo. Iba a serlo. Sonrió orgullosa de sí misma.

¿Quizá era demasiado pronto para volver al trabajo? No, se dijo dejando sobre la pequeña mesa, que había frente a un mueble bajo de televisión, la bolsa que contenía las guirnaldas, las pequeñas calabazas naranjas y las velas en color crema. Incluso había elegido una cálida y amorosa manta en tonos ocres para cubrirse con ella cuando se tumbara en el sofá.

Ya había empezado a tomar las riendas de su vida. Y lo que sentía probablemente fuera normal ante todo lo que estaba experimentando. Eran cambios elegidos por lo que no tendrían por qué causarle estrés. Solo eran diferentes emociones recordándole que estaba viva, se recordó.

A última hora de la tarde, el apartamento se mostraba más acogedor y bonito por los adornos que había colocado y ella mucho más animada. También había hecho un listado de todos los utensilios que necesitaba. No había nada como distraerse, reconoció dispuesta a

salir a por ellos.

No tardó en llegar a la ferretería, satisfecha consigo misma por todo lo que ya había comprado. Ese lugar era el último en visitar de su lista y, a punto de cerrar por su horario de apertura, no estaba muy concurrido. Acabaría pronto y…

—¿Una cafetera? —le preguntó divertido Neal ante el respingo que la joven había dado al verse sorprendida frente a ellas.

No se había fijado en él y de repente había aparecido a su espalda.

—Eh… No… Sí. Solo estaba mirando.

—Tienes unas más bonitas en *La tienda de regalos de Carlee*.

—Sí, lo sé. Pero Carlee es mi cuñada y se lo diría a mi hermano inmediatamente.

—¿Qué le diría? ¿Que te estás comprando una cafetera?

Grace se encogió de hombros, relajada.

—Sí, suena ridículo. Lo sé. Pero solo tomo un café al día. Uno solo. Por la mañana —frunció el ceño, molesta consigo misma. ¿Por qué se justificaba?

—¿Y qué tiene de malo?

—Eso me pregunto yo —escogió una, decidida—. ¿Tú también vienes a por una? —se fijó en la que llevaba en la mano.

—Sí. Me he mudado hace poco a… bueno, ya sabes dónde. Antes vivía allí mi hermana y no tenía cafetera. Ella es de beber infusiones.

—Yo voy a vivir sobre la tienda de novias. Esta mañana me han dado las llaves. Echaré en falta a la familia, pero supongo que tengo que aprender a vivir sola de nuevo.

—¿Y eso te va a costar? Es lo más sencillo del mundo. No tienes que dar explicaciones a nadie, la ducha es solo para ti, la comida también, el televisor…

Ella lo miró extrañada.

—¿Y con quién compartes la comida, el café, la cama… —se sonrojó ante sus palabras—. No, la cama no. Es una pregunta retórica. No quiero saber con quién compartes la cama.

«Aunque la otra noche te vi salir con Andrea», se dijo.

—Te he entendido —le sonrió divertido mientras se dirigían al mostrador—. Te acostumbras pronto.

—¿A la soledad? ¿Cómo?

—¿No sabes estar sola?

—No lo sé. Supongo que sí, pero no sé si me va a gustar.

—Ya sabes dónde vivo. Si alguna vez te apetece tener compañía…

Neal se sorprendió a sí mismo al escuchar sus palabras ¿Por qué le estaba diciendo eso? Él estaba muy bien solo.

Grace se ruborizó ligeramente mirando, incómoda, la fila que tenían por delante frente al mostrador. La puerta de la ferretería se abrió y entró Steve con Cinthia de la mano, que al ver a su tía se lanzó a sus brazos, emocionada.

—Grace, no sabía que… —la saludó Steve antes de mirar de reojo a Neal y volver a fijarse en ella—. ¿Estás comprando una cafetera? Sabes que no debes…

—No —le interrumpió avergonzada—. Estoy… Venía a comprar —miró lo que tenía más cerca sobre el mostrador—… un martillo —le señaló—. Tendré cuadros que colgar en casa.

—¿En casa? ¿Ya te has mudado? Lo hemos hablado esta mañana —resopló—. Yo tengo martillos. No hace falta que te compres uno solo para eso. Iré a colgarte los cuadros… ¿Qué tal, Neal? ¿Otra vez con mi hermana?

—¡Steve! —exclamó Grace recriminándole con la mirada sus palabras.

Neal sonrió divertido. Era gracioso ver esa reacción de hermano protector. Quizá si hubiera convivido más con April, él también habría tenido la misma relación.

—Solo estoy comprando…

—¿Dos cafeteras?

—Sí… Me gusta el café.

—Papá me ha dicho que te vas de casa —le dijo Cinthia con un gesto triste—. No quiero que te vayas.

—Me voy a ir muy cerca, a la plaza. Así podrás venir cuando quieras y podemos bajar a cenar hamburguesas.

—Me gusta que te quedes a vivir aquí.

Grace abrazó a su sobrina con cariño. Le encantaba su expresividad e inocencia. La adoraba.

—¿Haremos una fiesta de pijamas para inaugurar tu casa?

—Sí, claro.

—No hace falta que compres el martillo —le indicó Steve ignorando intencionadamente a Neal—. Voy a por unas bombillas que me ha pedido Carlee que compre. Nos podemos ir juntos y me enseñas tu piso.

Grace asintió resignada, mirando de reojo a Neal. Se despidió mentalmente de su cafetera antes de ignorarla y siguió a su hermano de la mano de su sobrina con un leve gesto de cabeza hacia Neal a modo de despedida. Podrían haber ido juntos hacia la plaza y tendría su cafetera nueva… Otra vez sería, se dijo frustrada.

Un par de horas más tarde, Neal se asomó a la ventana y vio luz en el

apartamento sobre la tienda de novias. Sacó de la bolsa de la ferretería la cafetera que había elegido Grace y fue hacia allí con ella en la mano. Pensó en comprarle unas flores o unos bombones como un simple gesto de inauguración para su casa, pero a esas horas todo estaba cerrado y no quería dar una impresión equivocada.

Grace no le interesaba como mujer. Ni ella ni ninguna. Solo le estaba acercando la cafetera como buen vecino que era. Solo eso, se justificó. La puerta de abajo estaba abierta. Le tendría que recordar que la cerrara. Entró y subió las escaleras. Olía a comida recién hecha. ¿Estaría preparando la cena? ¿Quizá iba a celebrar con alguien la inauguración de la casa? Pensó en volver sobre sus pasos, pero no parecía que se escuchara nada. Llamó a la puerta.

Grace dejó la cuchara de madera con la que acababa de probar el guisado que había preparado. Frunció la nariz, molesta. Había calculado mal las cantidades. Tendría comida para dos o tres días. ¿Quién sería? ¿Steve llevándole el martillo? No tenía ningún cuadro para colgar.

Neal parpadeó sorprendido al ver a la joven con el cabello en un recogido despeinado y un delantal. Sintió un pequeño golpe en el centro del pecho. Podría ser una situación muy hogareña que nunca había vivido antes. Ella también parecía sorprendida de verle.

—No sé si es un buen momento —se disculpó Neal más aturdido por sus sentimientos que por su expresión descolocada.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué no? Entra —dejó la puerta abierta para volver a la cocina.

—Te traje la cafetera.

Grace se giró sorprendida. Vio la cafetera que tenía en las manos y la tomó, agradecida, apretándola contra su pecho.

—Gracias. Me has salvado la vida. No sabía qué habría sido de ella. Gracias de verdad. ¿Cuánto costaba? Te la pago ya mismo.

—No hace falta. Considérala un regalo de bienvenida.

—Te lo agradezco pero no es necesario. Voy a por el monedero.

—No. Así, si tu hermano te pregunta qué haces con una cafetera, siempre puedes echarme la culpa a mí.

Grace le sonrió agradecida. Ahí tenía razón. Sería una excusa perfecta.

—Estoy preparando la cena ¿quieres quedarte a cenar?

—Es tarde. No quiero molestar.

—No es molestia. En todo caso, lo contrario. He calculado mal las cantidades y si no me ayudas con ella, tendré que comer lo mismo tres días seguidos. Me estarás haciendo un favor.

Neal sonrió.

—Bueno, en ese caso…

—Además, me has traído y regalado una cafetera. Te estaré

eternamente agradecida.

—No es para tanto —le sonrió divertido siguiéndola hasta la pequeña cocina mientras se quitaba el anorak y lo dejaba sobre una silla.

—Sí lo es, créeme.

—¿Qué ocurre? Tienes la tensión alta o algo así, que tu hermano no te deja tomar café.

—Steve es muy protector y exagerado… Estoy bien... ahora… He pasado por una temporada difícil pero quién no. Ven, siéntate.

—Si hubiera sabido que me iba a quedar a cenar, hubiera traído una botella de vino.

—Me has traído la cafetera que es mucho mejor —le sonrió Grace.

—Yo vine hace poco para estar cerca de mi hermana. Es April, si te has apuntado a yoga, es tu profesora.

Grace sonrió sorprendida.

—¿Viniste por ella?

—Me fui hace mucho tiempo de casa, dejando a April con… Bueno, que estoy intentando arreglarlo. ¿Y tú? ¿Por qué viniste? Me has dicho que por estar con tu sobrina y tu hermano, pero ¿hay algo más?

Grace sirvió vino en dos copas. Era una situación íntima que hacía mucho que no compartía con ningún hombre, sin embargo se sentía cómoda con él.

—Bueno, tuve un ataque severo de ansiedad… la vida, el trabajo… Era pediatra. Soy pediatra. Así que, hice caso a los médicos y a los libros de autoayuda y después de cambiar ciertos hábitos y alejarme de todo lo que me causaba estrés, aparecí aquí. Ahora estoy…

—¿Reinventándote?

—No, no creo. A grandes rasgos mi vida me gustaba. Solo estoy reponiendo las fuerzas.

—Eso siempre viene bien.

—Sí. Y he empezado a buscar trabajo porque no estoy segura de querer volver al hospital donde estaba.

—Supongo que por eso tu hermano no quería que repararas la *tablet* o que tomes tanto café.

—Hermanos.

—Lo sé. Soy uno de ellos, pero April y yo… No tenemos una relación tan cercana. Fueron muchos años separados.

—Pero has vuelto.

—Sí, supongo que nunca es tarde.

—Por cierto ¿has comentado a Jane nuestras ideas? —le preguntó Grace con curiosidad mientras ponía la mesa para dos.

—Sí a la casa del terror si conseguimos el permiso firmado del propietario. No a la lectura de cuentos en el cementerio. Parece ser que también ha visto *Coco*.

—Jane me cae bien.

Neal le hizo una mueca.

—Insistiré. *Coco* puede estar bien a las seis de la tarde, pero a las doce de la noche… Podemos hacer dos pases.

—A las seis de la tarde será el concurso de disfraces o el desfile en la plaza. No podemos dividir la atención en el mismo grupo de edad. Y a las doce de la noche es un poco tarde, ¿no?

—¿Para qué?

—Para todo. Esa podría ser la hora de que la fiesta se dé por finalizada y que la gente acuda al *Shamrock* que seguro que también está ambientado.

Neal asintió pensativo mientras probaba el plato de carne guisada con verduras que le había servido Grace.

—¡Wow!, esto está muy bueno.

—¿Te gusta? Lleva muchas especias.

—Me encanta. Soy bastante básico para cocinar: verduras cocidas y carne a la plancha.

Grace lo miró de reojo. Eso explicaba su estupenda forma física.

—Yo supongo que debería comer eso. El año pasado, durante… me dio por comer…

Neal se encogió de hombros.

—Estás muy bien.

Grace lo miró sorprendida. Quizá el cumplido lo había dicho por quedar bien, pero le había caldeado el alma. Su teléfono sonó sobresaltando ligeramente a ambos.

—¿Steve?

Esperaba que no acudiera a verla porque no encontraría justificación para la visita de Neal a esas horas.

Neal escuchó divertido el monólogo acelerado al otro lado del teléfono.

—Steve, voy a colgar la llamada. No me voy a estresar por preparar una fiesta de *Halloween*. Además, Neal… ¿Cómo quieres que lo llame? Se llama Neal… Vete a dormir, por favor. Mañana nos vemos.

—Tu hermano es muy protector —le justificó Neal nada más colgar.

Grace se encogió de hombros.

—Toda mi familia lo es. Somos muchos y estamos muy unidos, pero sí que es cierto que no le dije a Steve nada de lo que me ocurría hasta hace poco y conseguí que mis tías se lo ocultaran también para no preocuparlo.

—April y yo estamos solos. No hemos sabido lo que es convivir con una familia hasta llegar aquí. Supongo que tanto interés o preocupación es de agradecer.

—Sí. No me quejo. Mi tía Sylvia es la más joven y ha sido como una hermana mayor.

—¿Qué ocurrió que hace que tu hermano no quiera que te estreses?

—Ya te he comentado. Demasiado trabajo, poco descanso, excesivo compromiso y pocos medios… Era un hospital privado, preocupado siempre por los presupuestos —le explicó mientras cenaban con calma—. Y un marido que no comprendía ni apoyaba mi estilo de vida. Que probablemente no fuera el mejor, no lo discuto, pero… nos fuimos distanciando. Siempre estaba quejándose por una cosa u otra así que empecé a evitarle. Como era lógico acabamos mal y tampoco me lo hizo fácil. Estallé, me derrumbé, me refugié en la familia y aquí estoy.

—¿Buscando trabajo de nuevo a escondidas de tu hermano?

—Sí, claro. La vida sigue. He estado en tratamiento por la ansiedad y aunque tengo que ir con cuidado, creo que ya estoy mucho mejor.

—Me alegro por ello —le sonrió levantando la copa para brindar por sus logros.

El resto de la cena transcurrió tranquila, compartiendo anécdotas amables de sus vidas y aportando diferentes ideas para la fiesta de *Halloween*.

Después de que ambos recogieran juntos la cocina y Neal volviera a su casa pasada la medianoche, Grace fue a su dormitorio con una sonrisa relajada dibujada en sus labios. Había pasado un buen rato. Había sido como cenar con un amigo al que conocía de toda la vida… aunque ella nunca había tenido ninguno. Se cruzó con su imagen en el espejo y abrió la boca alarmada.

Su aspecto era deplorable. Apenas le quedaba maquillaje, el rímel le hacía una ligera sombra bajo las pestañas y su cabello estaba recogido totalmente desordenado.

Resopló notando cómo su corazón se aceleraba. Respiró varias veces profundamente. No era tan grave. Volvió a mirarse en el espejo. Sí, lo era, pero ya no había remedio. Hizo una última respiración profunda y siguió su camino hasta el cuarto de baño para desmaquillarse, repitiéndose las primeras afirmaciones positivas que se le ocurrieron sobre lo valiosa que era más allá de su aspecto.

Poco después, frente al espejo, volvía a sonreír relajada recordando lo agradable que había sido la cena, la conversación y lo bien que se había sentido junto Neal. Si pretendía algo más con ella y no había salido huyendo nada más verla, podía ser un nuevo

comienzo a, por lo menos, abrirse a la vida.

Al día siguiente, como habían quedado durante la cena, Grace pasó a buscar a Neal por la tienda. Iba a enseñarle la casa que había catalogado como oscura y terrorífica y quería utilizar para Halloween.

Había pasado la mañana llamando a los diferentes teléfonos que les había dado Jane para confirmar los diferentes expositores de la plaza, al propietario de la *foodtruck* y del puesto de bebidas del lago, y apuntó como pendiente pasar por el centro médico para comentar la posibilidad de que la ambulancia estuviera de guardia junto al lago esa noche. Toda precaución era poca entre adolescentes y jóvenes disfrazados en una salida nocturna y niños rebosantes de azúcar.

Neal sonrió al ver entrar a Grace cuando ya estaba apagando las luces del interior de la tienda. Había sido una mañana tranquila. Apenas unas cuantas llamadas de algunas personas que intentaban arreglar el ordenador a distancia.

—Justo a tiempo —le dijo yendo hacia ella para cerrar la puerta.

—A la hora a la que quedamos, ¿no?

—Sí. Eres puntual.

Grace asintió. Siempre le había parecido correcto serlo.

—Ayer…

—La cena fue genial. La próxima vez te invito yo, pero mejor en el *Salt and Pepper*, porque ya te dije que mi cocina es de supervivencia, nada más.

Grace sintió como sus mejillas se ruborizaban mientras comenzaban a caminar hacia el lago. Parecía una cita.

—No, no hace falta. Ya sabes que me hiciste un favor. No me gusta tirar comida e hice para un regimiento.

Neal se rio divertido.

—Créeme que un regimiento come más que lo que tú preparaste.

—Podías haberme dicho que me lavara la cara, o que me peinara un poco.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—Porque cuando me miré en el espejo me pregunté por qué no habías salido corriendo.

Neal sonrió divertido. Le había parecido algo muy íntimo y natural. Se había sentido tan cómodo con ella que jamás hubiera roto lo que parecía que había entre ellos con un comentario desagradable en el que ni siquiera pensaba.

—Me presenté sin avisar y me senté a cenar. Te daría

nuevamente las gracias.

Grace sonrió agradecida ante sus amables palabras. Se había sentido cómoda durante la cena y era tan considerado que no reconocía el deplorable aspecto que había presentado. Su corazón se sintió reconfortado.

—¿Has pensado algo más para la fiesta? —le preguntó Neal metiendo las manos en los bolsillos.

—No —reconoció—. Solo he estado haciendo llamadas.

La conversación derivó hacia diferentes temas hasta que se detuvieron frente a una casa de dos plantas cercana al lago, de aspecto descuidado.

—¿Qué te parece? —le preguntó Neal satisfecho.

Grace lo miró indecisa mientras él se asomaba por el cristal de una de las ventanas a curiosear.

—¿Esto está iluminado por la noche?

—Podemos venir a verlo.

—¿Crees que el dueño nos dejará utilizarla? Aunque parezca medio abandonada dentro habrá muebles u objetos de valor.

—No lo sabremos si no se lo preguntamos. Megan está tratando de localizar al propietario. Es la…

—Sí, la dueña de la inmobiliaria.

—Y la esposa de un antiguo compañero de la Marina que también vive aquí. Voy a dar la vuelta por si hay alguna manera de acceder…

Grace lo siguió con la mirada. Pese a ser Edentown un lugar tranquilo, de noche, rodeada de árboles, con el entorno cubierto de hojas secas y viejos matorrales, la casa podía ser espeluznante. Se sobresaltó al escuchar un coche frenando a su espalda.

—Grace, ¿estás bien?

—Steve, ¿qué haces aquí?

—Patrullando por el bosque, pero eso te lo debería preguntar yo a ti.

—¿Por qué? Solo estoy dando un paseo.

—¿Por el bosque? ¿Sola? ¿Con tacones?

Grace se miró los zapatos. No se le había ocurrido calzarse con algo más cómodo. Neal volvió de su inspección comentando sus impresiones en voz alta cuando vio el coche patrulla y se detuvo.

Steve le miró serio antes de mirar a su hermana.

—Qué casualidad…

Neal se acercó a Grace.

—¿Todo bien?

Grace asintió.

—Mi hermano pasaba por aquí.

Neal, despreocupado, mantuvo la mirada seria de Steve. Steve

refunfuñó unas palabras ante la sonrisa burlona de su compañero de patrulla y, tras una breve despedida, continuó su camino.

—¿Qué le ocurre a tu hermano?

Grace se encogió de hombros.

—Eso. Que es un hermano.

—Pero no tiene motivos para estar preocupado por ti.

Grace lo miró con cierto recelo.

—Supongo que me cuida. Bueno, esto ya está visto. Habrá que hablar con el dueño y…

—¿Te has enfadado?

—No.

—Pareces molesta.

—No.

—Sí.

Grace lo miró resoplando.

—Supongo que a veces me molesta que Steve sea tan protector, pero en el fondo es muy agradable saber que se preocupa por mí. ¿Acaso tú no te preocupas por April?

Neal la siguió, caminando a su lado, pensativo. No. No se preocupaba por su hermana. No sabría ni cómo hacerlo. Su hermana era muy autosuficiente y tenía a Callum que la adoraba.

—April es independiente y muy capaz de valerse por sí misma.

Grace le miró sorprendida.

—¿Me estás diciendo que yo necesito que alguien me cuide o me solucione la vida?

Neal la miró extrañado ante su tono malhumorado.

—Yo no he dicho eso, pero tienes a tu hermano velando por ti a todas horas y diciéndote lo que debes hacer.

—Eso es lo que hacen los hermanos.

—Yo no lo hago.

—Pues quizá deberías. ¿Acaso no te importa que April esté bien? Por lo que he escuchado, Callum ha sido siempre un mujeriego. Quizá deberías preocuparte por si hace feliz a tu hermana.

—Pero si mi hermana lo ha elegido es asunto suyo.

Grace lo miró alarmada.

—¿Lo dices de verdad? ¿Y si tu hermana tiene problemas en quién va a apoyarse?

—¿Por qué va a tener problemas?

Grace se detuvo, mirándole molesta.

—Porque la vida es muy larga y a veces los esposos no se comportan como deben, te abandonan sin darte apenas explicaciones o echándote la culpa de lo sucedido y se largan cuando tienes problemas.

Neal la miró reflexivo.

—Supongo que eso es lo que te ha pasado a ti, pero no quiere decir que le pase a mi hermana.

Grace hizo una mueca antes de continuar por el camino de vuelta.

—Yo no sé qué habría hecho sin el apoyo de mi familia.

—Te has enfadado conmigo.

—No.

—Sí.

—No me gusta que te moleste mi hermano o su actitud protectora.

—A mí no me molesta. Creía que te molestaba a ti.

—No. Sí. Un poco, pero es mi hermano. Cuando perdió a la madre de Cinthia me volqué yo. Supongo que ahora le toca a él.

Neal asintió pensativo. Debía hablar con April cuanto antes. Sentía que no se estaba comportando como se suponía que debía hacerlo según Grace. Hizo un pequeño recordatorio por las veces que había preguntado a su hermana por su vida, pero April siempre parecía tenerlo todo bajo control. Llevaba demasiado tiempo sola.

Caminaron relajados hasta la plaza. Neal la acompañó hasta su casa.

—¿Qué opinas? —le preguntó Grace mientras abría la puerta y entraba sin darle otra opción a él más que seguirla para continuar la conversación.

—¿Sobre qué? —le preguntó distraído subiendo las escaleras tras ella.

Grace se detuvo en seco, haciendo que él casi tropezara con ella. Se giró para mirarlo. Las manos de él rozaban su cintura. Estaban demasiado cerca el uno del otro. A solas. Sus miradas, expectantes, se cruzaron conscientes de ello. Se miraron los labios. Solo unos centímetros los separaban. Sus alientos podían bailar juntos. Sus corazones se aceleraron a la vez. Grace se ruborizó desviando la mirada.

—Sobre lo que estoy hablando.

Neal la miró confundido. Se había sumido demasiado en sus pensamientos y tenerla tan cerca y sentir que su corazón latía más fuerte y su cuerpo la buscaba no le facilitaba pensar.

—¿No me estás escuchando?

—Me he distraído un momento.

Grace parpadeó extrañada.

—Tengo que irme —le explicó Neal decidido retrocediendo sobre sus pasos y levantando las manos en señal de rendición.

No podía seguir tocándola y pensando con claridad. No le dio opción a que lo detuviera, ni siquiera a despedirse. Dio media vuelta y bajó con rapidez.

Grace, confundida, lo vio salir. Subió las escaleras hasta su casa. ¿Se habría enfadado con ella por algo? ¿Quizá había sido muy vehemente defendiendo a Steve? ¿O se había mostrado muy afectada cuando él había sugerido que era incapaz de hacer nada sin la aprobación de su hermano? Él no la había acusado de una manera tan directa pero la realidad era que en ese momento la había dejado sola y se sentía ligeramente rechazada y triste por ello.

Cuando cerró la puerta tras de sí se apoyó en ella. Su corazón parecía empezar a agitarse. Respiró profundamente varias veces. No se dejaría llevar por dudas ni temores. Se repitió que estaba bien, que era una mujer fuerte, válida e independiente, digna de amar y ser amada. Varias afirmaciones positivas más la hicieron recuperar la confianza en ella.

Se dirigió a la cocina. Cenaría sola, aunque echara de menos a Neal, y se acostaría temprano. Probablemente, el día siguiente fuera mejor.

Neal caminó con paso rápido hasta la casa que su hermana compartía con Callum, no muy lejos de la calle principal. Acertó en suponer que la encontraría sola ya que Callum había acudido al pub irlandés a ayudar a sus hermanos. April lo miró preocupada cuando él la invitó a dar un paseo a esas horas, pero sin dudarlo, lo acompañó.

—¿Qué te ocurre?

—¿Tú estás bien? —le preguntó directo.

—Sí, pero no sé a qué te refieres.

—No he sido buen hermano. Te abandoné…

—Eso ya lo hablamos cuando viniste. Eras joven, no podías encargarte de mí.

—Sí, pero ahora tampoco sé cómo estás o si tienes problemas con Callum o con tu negocio o con cualquier otro aspecto.

—Bueno, es que estoy bien. A ver, siempre hay pequeños detalles que si pienso en ellos pueden bajarme el ánimo, pero a grandes rasgos estoy bien. ¿Qué te preocupa?

—Steve está continuamente pendiente de Grace. Nos lo encontramos en cualquier sitio.

—Quizá Grace lo necesita en este momento. Estoy segura de que si yo tuviera un problema y te lo contara tú también estarías pendiente de mí.

Neal la miró de reojo. Confiaba demasiado en él. Era cierto que se había mudado a ese lugar para estar a su lado, se habían visto a menudo y no parecía guardarle ningún tipo de rencor, pero se sentía inseguro ante ella.

—¿Si pudiera hacer algo por ti me lo dirías?

—Sí, claro. Neal, estás aquí. Podías no haber venido.

—Y no me guardarías rencor.

—Supongo que no, pero estás aquí. Para mí es importante.

Neal asintió no muy convencido.

—¿Estás bien con Grace?

—No hay nada entre nosotros —le comentó despreocupado, evitando mirarla—. Solo estamos preparando la fiesta de *Halloween*.

—Sé que para ti es un esfuerzo.

—Bueno…

—Y las clases de informática a Adrianne, Doris, Mildred y sus amigas tampoco creo que te estén siendo fáciles.

Neal sonrió resignado.

—Te has enterado.

—Llegaron a clase de yoga contentas e ilusionadas. Sé que te gusta la soledad. Aquí es difícil encontrar eso.

—Ya me he dado cuenta.

Neal caminó en silencio. Ya no sabía si le gustaba la soledad o si, simplemente, se había acostumbrado a ella. Todo parecía que estaba cambiando en su vida. No le importaba, incluso lo agradecía, pero, a veces, las dudas sobre si era lo que realmente quería lo asaltaban.

Poco después, hablando de todo y de nada, Neal la acompañó a su casa más reconfortado. Parecía que su hermana tuviera un don para calmar a la gente, relajarla o hacerles sentirse bien con poco más que su presencia.

Dirigió sus pasos hacia la plaza con intencion de visitar a Grace con alguna excusa. Tenía la impresión de que se había despedido de ella de una manera muy fría y la echaba de menos. Parecía que se estaba acostumbrando a su presencia. Ese pensamiento le asustó. Apenas la conocía y ella estaba saliendo de una situación complicada en la que sentía que no debía interferir. Se detuvo en seco.

Solo estaban preparando juntos una fiesta. Ella volvería a la ciudad y a su trabajo en cualquier momento y él seguiría allí. Era absurdo acostumbrarse a ella, buscarla o pretender algo más.

Encaminó sus pasos hacia el *Shamrock*. Si se encerraba en su casa en ese momento sería incapaz de conciliar el sueño.

Grace sonreía divertida ante las sensuales e incluso disparatadas sugerencias que hacía Andrea para la fiesta de Halloween.

Janice había pasado a buscarla cuando había estado a punto de meterse en la cama y había tardado poco en convencerla para que la

acompañara al *Shamrock*. Allí habían coincidido con la atractiva morena y con otra joven que había reconocido como la farmacéutica de Edentown.

Su sonrisa se congeló cuando vio entrar a Neal. Sus miradas se cruzaron unos instantes, lo justo para que apenas se saludaran con un gesto de cabeza. ¿Qué hacía allí? No había querido quedarse a cenar con ella pero sí quería salir. ¿Estaría buscando a Andrea?

Desvió la mirada, molesta. Creía que había algo más entre ellos que ser unos simples conocidos. Habían compartido una cena y agradables conversaciones cada vez que estaban juntos, incluso, le había dado la impresión de que habían estado a punto de besarse en la escalera momentos antes de que él saliera, casi, corriendo.

—Lo imagino de Conde Drácula, sin lugar a duda. Pantalones negros ceñidos, camisa negra, capa roja y negra… Yo dejaría que me mordiera —comentó Andrea sin dejar de mirar a Neal haciendo que sus amigas sonrieran sin disimulo—. Así que si sigues pensando en disfrazarte de calabaza, me parecerá perfecto. No se fijará en ti.

—¿Por qué iba a hacerlo? —le respondió a la defensiva Grace.

—Porque estáis juntos preparando *Halloween*.

—Sí, y yo me quedaré en la zona de la plaza con los niños y él junto al lago con los adolescentes y los jóvenes.

—Lo hubiera averiguado igual, pero, gracias por decírmelo —le sonrió con picardía.

—¿No vas a quedarte en casa repartiendo caramelos a los niños que llamen a la puerta? —le preguntó Janice risueña—. Yo lo haré en la tienda, y Prue en casa para evitar que molesten a mi padre.

—No, por supuesto que no. Iré al lago y visitaré al Conde Drácula.

Poco después y tras varias sugerencias e ideas sobre posibles disfraces, Grace decidió irse a casa. No comprendía la actitud de Neal y le molestaba que le importara tanto. Verlo sentado tan tranquilo y despreocupado ante la barra le estaba consumiendo por dentro. Él salió tras ella, alcanzándola en el camino.

—Siento lo de antes.

—¿El qué? —preguntó airada, tratando de disimular su rabia sin conseguirlo.

—Me he ido de una manera bastante desagradable.

Grace lo miró de reojo, agradecida por la disculpa y disminuyendo la prisa que parecía tener.

—Creí que habría hecho algo mal —aceptó incómoda.

—¿Tú? No. ¿Por qué ibas a pensar eso?

—No lo sé. Quizá he dicho algo que te molestara.

—No. Solo me hiciste reflexionar sobre por qué había venido aquí.

—Por April, ¿no?

—Sí. Vine sin expectativas y April me abrió las puertas a todo esto, a este lugar, a su familia… Mi vida está cambiando y voy adaptándome a ella.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, realmente sí, pero, nunca había pensado lo que quería y sin saberlo, creo que lo estoy encontrando.

La miró con una sonrisa. Ella también parecía formar parte de todo lo que le estaba ocurriendo. Una parte preciosa, inesperada y cálida.

Grace le correspondió sintiendo cómo su corazón se iluminaba por momentos. Se sentía bien con él. Era un amigo. No tenía por qué molestarse si se iba con otra… No. Eso sí que le molestaba, reconoció, pero en ese momento estaba con ella, caminando a casa, paseando y manteniendo otra de esas conversaciones que tanto le gustaban.

Unos días más tarde, después de haber pasado mucho tiempo juntos y compartiendo comidas y cenas con la excusa de *Halloween*, Neal llamó a Grace para que pasara a buscarlo antes de cerrar la tienda. Cuando apareció por la puerta con su habitual sonrisa, le mostró un juego de llaves antiguas y grandes.

—¿Eso que es? ¿Te has comprado una casa?

—No, son las llaves de nuestra casa del terror.

—¿Las has conseguido?

—Megan habló con el propietario. Su tío era amigo de Doris, una de las mujeres que vienen a las clases de… Bueno, que ya las tenemos y nos da su permiso para utilizarla. Dice que no sabe cómo estará, que no removamos mucho las cosas y poco más.

—Es perfecto.

—Podemos habilitar solo la planta de abajo y así nos evitamos tener que vigilar también arriba.

—¿Cuándo vamos a verla?

—Si te parece bien, ahora mismo, en cuanto cierre.

—De acuerdo, aunque el cielo está muy oscuro y parece que va a llover.

—Quizá no lo haga.

Poco después y tras acelerar el paso por la posibilidad de tormenta, llegaron hasta la casa. A esas horas, con el cielo nublado y la brisa soplando entre las hojas amarillentas, que aún quedaban prendidas en los árboles, daba una impresión más que tenebrosa. Grace se estremeció.

—No hace falta mucha ambientación.

Neal sonrió divertido ante el escalofriante chirrido de la puerta mientras la abría.

—¿Ves? —insistió Grace sintiendo que se le aceleraban las pulsaciones.

—Veamos que hay aquí adentro.

El polvo y un rancio olor a cerrado les recibió haciendo que fruncieran la nariz. Todos los muebles de la estancia estaban cubiertos por viejas sábanas y apenas entraba luz por los ventanales cerrados.

—Deberíamos empezar por airear la casa —comentó Grace dando inconscientemente un paso hacia Neal buscando su protección —. Da la impresión de que va a aparecer alguien por detrás de cualquier mueble.

Neal encendió la luz que empezó a parpadear proporcionándoles la ambientación que pretendían recrear.

—Eh… Da miedo, ¿verdad?

Grace fingió una sonrisa mientras sentía cómo se estremecía por dentro.

—Es lo que quieres, ¿no?

—Lo que queremos. Esto es cosa de los dos.

—No sé qué decirte.

Neal fue hacia ella, divertido. ¿De verdad tenía miedo? La cogió de la mano como si fuera algo natural. Grace lo agradeció en silencio.

—Llamaré a Cameron para que revise la instalación eléctrica. Con que nos sirva para esa noche no necesitamos más. Podríamos apartar los muebles y formar un pasillo con cuerdas gruesas. Creo que Keith podrá dejarme algunas. Me parece que en el establo del hotel pueden tener. Entre los muebles podemos esconder maniquíes vestidos de negro, con pelucas…

Grace lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Pretendes que ningún adolescente duerma esa noche?

Neal sonrió ante su expresivo rostro.

—No, pero ¿a qué chico no le gusta que una chica bonita —levantó la mano que tenían unida— le dé la mano buscando su protección?

Grace se ruborizó soltándose inmediatamente.

—No estamos buscando eso —le recriminó con una mueca—. Las mujeres somos muy valientes y —el sonido de algo rascando el suelo, le hizo casi pegarse a él—… ¿Qué ha sido eso?

Neal sonrió tomándola nuevamente de la mano.

—Quizá una rata —volvió a mostrarle sus manos unidas—. ¿Qué decías de que no os gusta tener a nadie que os proteja.

—Yo no… —intentó soltarse pero él la sujetó con más firmeza —. Es broma, Grace. Sé que las mujeres pueden protegerse solas y más

si van en grupo, pero a los hombres nos gusta poder cuidaros alguna vez. ¿Qué más nos queda? Cada vez nos necesitáis para menos cosas.

Grace sonrió con ternura. Neal le devolvió la sonrisa mientras tiraba de ella para seguir explorando la parte baja de la casa.

—Yo creo que valdrá. Podemos poner algún foco alumbrando esos maniquíes, con luces intermitentes, y colgar del techo murciélagos… alguna calavera…

—No cuentes conmigo para eso.

Neal sonrió divertido. Pese a estar de la mano, Grace estaba casi totalmente pegada a él. Le gustaba esa confianza que había entre ellos.

—Dudo que Carlee tenga en su tienda calaveras, quizá en la ferretería. Chris, el hijo del propietario, es más de esas cosas…

—Bien. Yo mañana me pasaré por la ferretería y puedo quedar con Jane para que vea esto, de día, y nos dé su visto bueno —propuso Grace.

—Yo hablaré con Cameron y me pasaré por la tienda de ropa. Puedo pedir que nos dejen los maniquíes para esa noche.

Grace se estremeció haciendo que Neal la mirara con cariño. La tenía tan cerca. Grace notó su mirada y buscó su reflejo en ella. Realmente sentía que a su lado no podía pasarle nada malo. Neal contuvo la respiración. Podría besarla. Quería tenerla entre sus brazos, sentir cómo se estremecía. Sus labios estaban entreabiertos. Parecía una invitación.

Ante esa mirada, Grace sintió cómo se le aceleraban los latidos. ¿Estaba pensando en besarla? Estaban tan cerca. Solo unos centímetros de distancia. Se humedeció los labios con su lengua. Quería que lo hiciera, que se atreviera a…

—¿Hay alguien ahí?

Grace se giró con el ceño fruncido. El coraje se apoderó de ella.

—¿Steve?

Grace salió de la cocina, con paso firme. Su hermano con los brazos en jarras y seguido de su compañero habían entrado en la casa.

Neal la siguió divertido. Sus tacones y la determinación con la que caminaba retumbaban en toda la planta. ¿Esa era la mujer asustadiza a la que intentaba proteger?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Grace? ¿Qué haces tú aquí? Hemos visto la puerta abierta. Aquí no vive nadie.

—Tenemos las llaves.

—¿Quiénes… ¿Cómo no? —exclamó mirando a Neal.

Grace se acercó hasta Steve para darle una palmada en el pecho, molesta.

—¿Qué saludo es ese?

Steve la miró con el ceño fruncido, antes de resoplar.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Tenéis permiso?

—Permiso y las llaves —le indicó Grace con los brazos cruzados.

—Esto puede dar miedo —comentó su compañero mirando a su alrededor—. Quizá traiga a Emma…

Steve le recriminó con la mirada.

—Se avecina una tormenta y estáis en mitad del bosque —les recordó Steve—. Habréis venido andando. Volved pronto a casa… Cada uno a la suya.

—¡Steve!

Neal contuvo la sonrisa mientras asentía, manteniéndole la mirada. Podía comprender su inquietud.

Grace siguió con la mirada a los dos hombres hasta que salieron por la puerta. Se giró para mirar a Neal. Se había acercado hasta ella.

—Lo siento. Mi hermano es…

—Tu hermano sabe lo que me gustaría hacerte.

—¿Qué?

Neal la rodeó con sus brazos, dándole tiempo para que se resistiera si no estaba de acuerdo con lo que estaba a punto de suceder entre ellos. Grace se fijó en sus labios. Su corazón se detuvo, su respiración también. Los segundos parecieron eternos, perdiéndose en sus miradas. Los labios de Neal aprisionaron los suyos quemándola por dentro. Grace pasó sus brazos por su cuello. Parecieron fundirse en uno. Sus lenguas bailaban ansiosas, sus cuerpos no dejaban que corriera el aire. La pasión contenida empezó a embargarles. Un fuerte trueno les hizo titubear por unos instantes.

—Deberíamos irnos —susurró Neal, muy a su pesar—. Va a empezar a llover y, aunque no estamos en mitad del bosque, hay distancia hasta la plaza.

Grace asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra. Sus emociones aún estaban girando en su interior. Su corazón parecía haber aumentado de tamaño sintiéndose vivo. Su piel ardía. Neal entrelazó sus dedos con los de ella para salir de allí.

Para cuando llegaron a la plaza, la lluvia los había empapado haciéndoles buscar un refugio en cuanto Grace abrió la puerta de su casa como siempre hacía.

Neal titubeó por unos instantes. Grace estaba preciosa con el cabello mojado, los ojos brillantes y gotas de lluvia salpicando su rostro. No estaba seguro de poder contener sus ganas de acostarse con ella si subía las escaleras.

—La tormenta no parece que vaya a parar nunca, así que me iré antes de que vaya a peor.

Grace frunció el ceño, sorprendida. Esperaba que subiera a casa

como todas las noches, que compartieran la cena y horas de conversación.

—No sé si puede ir a peor.

—¿Te asustan las tormentas?

—No.

Se arrepintió al instante. Debería haberle dicho que sí y, conociéndole, él se vería obligado a quedarse para cuidarla y quizá hubieran pasado la noche juntos.

—Nos vemos mañana. Aún queda mucho que hacer.

Grace asintió decepcionada y, con una fingida sonrisa, lo vio salir corriendo para cruzar la plaza y llegar a su casa totalmente empapado.

A la mañana siguiente, Grace se despertó sin prisa. La sensación de frustración con la que se había dormido todavía le duraba. Hizo varias respiraciones profundas para liberarse de ella y, casi arrastrando los pies, puso música en su teléfono móvil.

No había nada como eso para levantar su ánimo. ¿Qué había pretendido? ¿Acostarse con Neal? Y después ¿qué? Se encogió de hombros. ¿Se hubiera estropeado su amistad? Probablemente. Además, ella se iría en cuanto encontrara un trabajo y entonces ¿qué pasaría? Se quiso convencer de que era lo mejor que podían haber hecho. Nada. Así, todo seguiría igual entre ellos.

Se asomó a la ventana. La plaza todavía estaba mojada y varios charcos la cubrían. Esperaba que para *Halloween* no lloviera. La zona del lago podría convertirse en un barrizal. No habían pensado en ello, pero quizá era mejor no hacerlo porque tendrían que suspender todo lo preparado.

Poco después, se presentaba en el centro médico. Debía comentar con el supervisor la posibilidad de que una ambulancia estuviera disponible en la zona del lago por si hubiera algún accidente. Era una de las pocas cosas que les quedaban pendientes.

Le gustó el lugar. La zona de recepción era espaciosa, funcional y luminosa gracias a los amplios ventanales ligeramente opacos que se abrían a ella. Sonó su teléfono en el bolso. ¿Steve?

—Dime —le respondió nada más descolgar.

—¿Todo bien?

—Sí. Estoy en el centro médico.

—¿Pero no habías dicho que estabas bien? ¿Qué te ocurre? Voy hacia allí.

—Steve, estoy bien. Solo vengo a…

—¿Vas a pedir trabajo? Brenda está de vacaciones, pero volverá

en cualquier momento.

—No sé quién es Brenda. Vengo a solicitar la presencia de una ambulancia en la zona del lago la noche de *Halloween*.

Su hermano se quedó en silencio por unos instantes.

—Bien… Nos vemos luego.

No lo dudo, pensó Grace ante su casi continua preocupación. Se dirigió a la joven que, tras la recepción, parecía esperar que se acercara. Fue sencillo hablar con ella y aunque tenía que gestionar la solicitud no parecía que hubiera problemas en la predisposición.

Cuando Grace salió de allí, confiada, dirigió sus pasos hacia su apartamento en vez de hacia la tienda de Neal. Estaba dispuesta a ampliar su búsqueda de trabajo a entornos rurales o más pequeños que las grandes ciudades. Quizá hubiera menos demandas u oportunidades, pero probablemente, fuera más entrañable, que era lo que sentía que necesitaba en ese momento.

A Neal lo vería más tarde. Así daba tiempo a sus emociones a que se repusieran del rechazo que había sentido cuando lo vio alejarse de ella bajo la lluvia. Resopló molesta. ¿Por qué seguía dándole vueltas a ello? Probablemente había sido lo más inteligente que habían hecho. Empezar a distanciarse. ¿O no?

Por fin, el día había llegado. Grace, ilusionada, se levantó temprano para ir a *Los dulces de Carolyn*. Llevaba unos días viendo unos *cupcakes* decorados con telas de araña de chocolate que sabía que a Cinthia le encantarían. Compró también para su hermano y Carlee y otro para ella y fue a su casa a desayunar.

Las semanas anteriores habían sido una auténtica vorágine de llamadas a proveedores, confirmaciones e imprevistos. Neal y Grace habían compartido cenas, reuniones y encuentros para que todo estuviera preparado para la fiesta.

Se echaban en falta si no estaban juntos, se sorprendían pensándose mutuamente y podían pasar horas hablando pese al tiempo que compartían.

La noche anterior se había acostado preocupada por la lluvia que había estado cayendo y aunque Neal le había asegurado que el barro, que probablemente se habría generado en torno a la que iba a ser la casa del terror, recrearía más el ambiente, no estaba del todo segura.

Sonrió pensando en Neal. La había vuelto a acompañar a casa y a correr bajo la lluvia para llegar a la suya. Se sentía a gusto a su lado. Probablemente lo echara en falta en cuanto todo acabara y no tuvieran excusa para verse.

Cuando llegó a su casa, Steve le ofreció una taza de café sin remolonear. Parecía que había aceptado que estaba recuperada de sus ataques de ansiedad. Ella tampoco recordaba momentos en los que se hubiera sentido tan cómoda y relajada como se sentía últimamente. Quizá el no trabajar lo facilitaba todo. Sin embargo, debía encontrar un trabajo y sobre ello empezó a hablar con su hermano.

Carlee bajó las escaleras, acelerada, y llegó hasta ellos con expresión alarmada.

—Grace, ¿has leído las noticias locales?

—No, claro que no —le respondió mirando la pantalla del móvil que le tendía. La noticia que leía no podía ser cierta—. ¿Quiénes preparan y reparten el chocolate han sufrido una intolerancia alimentaria?

—Sí y creo que es la misma empresa que se encarga de los eventos de la plaza.

El corazón de Grace empezó a acelerarse. Pensó en todo lo que tenían preparado para esa noche. Eso no podía estar sucediendo.

El teléfono de Grace sonó en ese momento.

—Es Neal, se habrá enterado —les explicó, respondiendo la llamada, preocupada.

—Grace, me ha llamado Jane. Me ha dicho que…

—¿La intoxicación alimentaria?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo estaba diciendo Carlee. Estoy desayunando en casa de mi hermano.

—Paso a buscarte.

Cuando colgó, Steve la miró preocupado.

—Estás bien.

Grace lo miró extrañada.

—Sí. Neal pasará a buscarme…

—No te lo pregunto —la interrumpió—. Lo estaba afirmando.

—¿A qué te refieres?

—No te ha cambiado el color de la cara ni parece que tengas taquicardias…

Grace fue consciente de cómo estaba respondiendo su cuerpo a la tensión del momento y sonrió satisfecha. Tomó aire, orgullosa de sí misma, sintiéndose liberada de tanta tensión como sabía que había estado acumulando meses antes.

—Tienes razón…

—Bueno, un poco de nervios es normal —la justificó insegura Carlee—. Yo estaría acelerada.

—Tú te aceleras con cada pedido de esos exagerados que recibes *online* en Navidad —le sonrió Steve abrazándola por la cintura para darle un beso en la mejilla.

—Sí, es verdad —reconoció ligeramente avergonzada—. Pero tú me ayudas. No sé qué haría sin ti.

—Lo mismo, pero más nerviosa.

—Pero no es ansiedad, es mi forma de ser —se disculpó con una sonrisa ante Grace—. Me alegro de que estés mejor y de que Neal te ayude.

Grace asintió orgullosa terminándose el café. Se notaba en tensión, alerta, pero capaz de hacer frente a ese desafío. El timbre de la puerta no tardó en escucharse.

—Dile que entre —murmuró enfurruñado Steve.

—¡Steve! —le amonestó Carlee con la mirada mientras acudía a la puerta—. Tu hermana es una mujer adulta. ¿Cómo reaccionarás cuando los chicos hagan fila en la puerta para buscar a Cinthia?

—Les abriré la puerta con el uniforme de policía.

Grace sonrió divertida ante su ocurrencia. Su hermano era más que capaz de hacerlo.

—No nos quedaremos. Supongo que tendremos mucho que reorganizar.

Neal sonrió al verla salir por la puerta, decidida. Sus ojos brillaban y no parecía especialmente preocupada.

—¿Qué te parece? —le preguntó metiendo las manos en los bolsillos como últimamente solía hacer para luchar contra sus ganas de darle la mano siempre que caminaba a su lado.

—Bueno… Creo que toca improvisar. ¿Has hablado con Jane?

Neal asintió.

—Los hermanos O´Brien tienen lo necesario para preparar el chocolate en la plaza. Me ha dicho que en la feria de Navidad lo preparan ellos, pero en *Halloween* no porque necesitan estar todos en el *Shamrock*, y más ahora que Callum estará en el puesto del lago.

—Supongo que podemos pedírselo. Yo estaré en la plaza, pero necesitamos un ejército.

Neal se detuvo por unos instantes antes de sonreír.

—Exacto —sacó su teléfono móvil del bolsillo y buscando entre sus contactos—. Adrianne, soy Neal. Tengo que pedirte un favor. A ti y a tus amigas. Sí, la intoxicación alimentaria. ¿Cómo te has enterado?

Grace sonrió divertida mientras le escuchaba hablar. Le gustaba verlo tan seguro de sí mismo, transmitiendo esa confianza en que nada podría salir mal. Parecía más que capaz de sostener todo lo que ocurriera sobre sus hombros. Él jamás la dejaría caer. Se ruborizó ante ese último pensamiento. Volvió a mirarlo. Era sencillo apoyarse en él, sentirse cuidada pero en ningún momento indefensa. ¿Cómo lo hacía?

Neal le sorprendió mirándole antes de colgar.

—Nunca hay que menospreciar el poder de un grupo de mujeres juntas —resumió mostrándole el teléfono—. Doris se había

enterado y por lo visto ya habían hecho una video llamada entre ellas para hablar del tema.

—¿Una video llamada?

—Sí. Crearon un grupo de *whataspp*. Varios, uno por cada actividad que realizan: pintura, yoga y no sé cuántas cosas más. Estaban preparándose para ofrecerse a ayudar. Ya sabes que la otra tarde se me presentaron en la tienda y me la llenaron de calabazas y guirnaldas naranjas. No sé qué harán en Navidad.

Grace lo miró divertida.

—¿Te has dado cuenta de que te está empezando a gustar la gente? Permites que un grupo de mujeres te decoren la tienda, las llamas para pedirles ayuda…

Neal reflexionó unos instantes antes de asentir.

—Mi hermana me avisó de que aquí no estaría nunca solo. No tenía miedo a ello. De hecho, necesito estar solo a veces, me gusta… pero sí, es cierto… Mira, ahí viene Jane con su niña. Me ha dicho que en el ayuntamiento hay un almacén donde habrá adornos de años anteriores. Vamos a verlos. Tenemos toda la mañana para decorar la plaza.

—¿No deberías abrir la tienda? Si Adrianne y las demás están dispuestas, pueden ayudarme ellas a decorar.

Neal pareció dudar por un momento. Le costaba separarse de Grace. Cualquier excusa le parecía buena para pasar tiempo a su lado.

—Lo haremos bien —le aseguró Grace.

—De acuerdo, pero comemos juntos. Te invito en el *Salt and Pepper*, y después tú irás a la plaza y yo al lago.

Grace asintió mientras acariciaba la mejilla de la pequeña y bonita Alice cuando Jane llegó hasta ellos.

—¿Lo tenemos todo controlado? —les preguntó ligeramente preocupada.

Ambos se miraron antes de asentir.

—Ya sabía yo que podía confiar en vosotros. Vamos al ayuntamiento. Habrá cajas que sacar y llevar a la plaza.

—Vamos —se ofreció Neal para acompañarlas—. Abriré más tarde.

Grace sonrió ante su determinación, siguiendo los pasos de ambos, que sabían hacia dónde dirigirse.

Pasaron la mañana ambientando la plaza con ayuda de Adrianne, Doris y todas cuantas mujeres dispuestas a colaborar pudieron encontrar. Mildred no pudo acudir porque la peluquería estaba abarrotada y Allison tenía demasiados encargos en la floristería de su

hija. Jane consiguió ayuda extra y entre todos consiguieron que la plaza, pese a los charcos estuviera perfectamente preparada para celebrar la fiesta por la tarde.

Grace se sorprendía mirando a su alrededor con frecuencia: unos apoyando a otros sin mayor interés que ayudar a que todo saliera bien. Neal impartía órdenes con facilidad y tacto transmitiendo confianza en el buen hacer de todos los que estaban participando.

Cuando consideraron que todo estaba preparado para la fiesta infantil, se acercaron hasta el lago para comprobar que el espacio reservado para ver la película también estuviera perfecto. En cuanto Jane dio el visto bueno, todos se agradecieron el esfuerzo entre sonrisas y apretones de manos.

Neal sonrió satisfecho. Le gustaba aquel lugar. Adrianne, Doris y las demás le habían sorprendido y le hacían sentirse valorado. Su hermana había encontrado un buen lugar para vivir, y querer estar con ella le había llevado al mismo lugar donde, sin apenas conocerlo, lo habían acogido con los brazos abiertos.

Miró a Grace que sonreía relajada. Esa noche acabaría todo lo que habían estado preparando juntos, quizá incluso la relación que había surgido entre ellos. Además, se marcharía en cualquier momento. Tenía que aprovechar lo que quedaba de día para estar con ella.

—Te recuerdo que tenemos mesa reservada para comer en el *Salt and Pepper* —le indicó cuando se quedaron a solas—. Esta tarde revisaremos por última vez la casa del terror antes de abrir sus puertas.

Grace asintió satisfecha mientras empezaban a caminar hacia el restaurante intercambiando impresiones sobre lo que habían estado haciendo esa mañana.

Unas horas más tarde y después de conversaciones que no parecían acabar nunca, llegaron al bosque.

—Parece que está todo bien —comentó Neal conforme se acercaban a la casa y los zapatos se llenaban de barro—. Cameron comentó que el sistema eléctrico era obsoleto, pero espero que no haya problema.

Entraron dentro. Además de las sogas que Keith les había dejado y ayudado a distribuir para delimitar las zonas por las que podían deambular, habían colocado semi escondidos terroríficos maniquíes y conectado algunos dispositivos que hacían a los murciélagos de plástico volar por el techo emitiendo sonidos espeluznantes.

Grace asintió mirando a su alrededor. Los adolescentes se divertirían con la experiencia y seguro que más de uno buscaba algún tipo de acercamiento ante ese decorado tenebroso. Neal miraba a su

alrededor satisfecho y distraído.

Sintió que su corazón se aceleraba. Estaban solos como otras tantas veces, pero la última vez allí sentía que habían estado a punto de besarse. ¿Volvería a darse la oportunidad?

Se sentía tan a gusto a su lado. Aunque quizá lo mejor fuera que no ocurriera nada entre ellos porque su vida laboral, y por lo tanto su futuro, estaba en el aire. Él parecía encontrarse tan a gusto como ella cuando estaban juntos, así que no sería justo que empezaran una relación y ella lo dejara en cuanto apareciera un puesto de trabajo. Estaban mejor así, trató de autoconvencerse.

Grace lanzó una exclamación sobresaltada por el aullido de uno de los maniquíes que se había puesto en funcionamiento.

—No recordaba que eso estaba ahí.

Neal sonrió ante el rubor de sus mejillas. Le gustaba esa mujer y cómo le brillaban los ojos. Confiado y decidido, caminó con una media sonrisa hasta ella y, sin pensar y sin esperar respuesta, la besó en los labios con hambre, invitándola a que ella hiciera lo mismo.

Grace se sintió reconfortada. Le correspondió sin dudas, deseando que el momento no acabara nunca. Segundos más tarde se escuchó un sonido seco a su espalda.

—Eres preciosa —le susurró Neal antes de separarse de ella.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mientras trataba de recuperar el aliento.

—Que nos hemos quedado sin luz.

—¿De verdad? ¿Qué hacemos? ¿Habrá que cerrar la casa?

—Puedo pedir a Keith un generador. Vive aquí cerca.

—¿El marido de Megan?

—Sí. Creo que ya te lo he comentado alguna vez. Éramos compañeros en la Marina.

Grace asintió confiada. Neal, con su templanza, parecía tener una solución equilibrada para todo.

—Vamos.

—No —miró la hora en su reloj—. Tú te encargas de la plaza. Adrianne y las demás no tardarán en llegar para echar una mano y los niños empezarán a acudir enseguida. Además, tienes que disfrazarte.

—Tú también tienes que disfrazarte.

—Me dará tiempo.

Neal la cogió de la mano para salir de la casa y volvió a besarla en los labios, sin prisa.

—Nos vemos esta noche —le susurró convencido.

—Sí, claro. En cuanto dé por clausurados todos los eventos de la plaza vendré al lago.

Neal asintió. Contaba con eso y con alargar la noche en su cama hasta la madrugada, pero ya habría tiempo para pensar en ello a

lo largo de la tarde.

Grace se miró al espejo con una mueca. Disfrazarse de calabaza le había parecido divertido para los niños y acorde con la festividad, pero era lo menos atractivo que podía imaginarse. Parecía un globo enorme de color naranja. Podía resultar gracioso, pero no era eso lo que quería reflejar en ese momento.

Tenía que haber hecho caso a Andrea y haberse comprado uno de vampiresa o de bruja sexy. Sonó el timbre de su puerta. Sería Carlee que había quedado en llevarle a Cinthia.

—Andrea —saludó sorprendida a la mujer que sin esperar invitación entró tendiéndole una bolsa después de mirarla de arriba abajo con una sonrisa burlona.

—Quiero pensar que te estás arrepintiendo de ese horrible disfraz que llevas.

Grace se ruborizó mientras tomaba la bolsa que le ofrecía.

—¿No te has disfrazado todavía?

—No, claro que no. Me disfrazaré más tarde y evidentemente iré a la zona del lago. No voy a pasearme por la plaza… aunque es probable que acuda algún padre soltero… Nunca se sabe.

Grace sacó la tela negra que había en la bolsa, extrañada.

—¿Esto que es?

—Tu nuevo disfraz.

—¿De murciélago?

Andrea hizo una mueca sacando de la bolsa los complementos que se habían quedado al fondo.

—De gato… De gata sexy.

—No, esto es muy ceñido.

—No digas tonterías.

—No. Con la ansiedad me dio por comer y todavía no me he quitado todos los kilos que me sobran. Voy a parecer…

—El color negro lo disimula todo y vas a estar preciosa. Te subes la cremallera del escote en la plaza y te la bajas un poco cuando vayas al lago. Diviértete. Saca tu lado oscuro esta noche —le sonrió con picardía.

—He estado en el lado oscuro mucho tiempo.

—No me refiero a ese lado y lo sabes —la corrigió—. Estás mejor. No eres la misma que cuando viniste.

—Sí. Eso es cierto.

—Póntelo. Seguro que a Neal le gusta.

Grace se ruborizó ligeramente.

—No es lo mismo acostarse con una calabaza que con una

gatita.

—Oh, por favor, no pienso acostarme… —desvió la mirada incómoda.

—Más tonta serás ¿por qué no?

—Es mi amigo.

—Pues con más motivo.

—No, porque luego será incómodo.

—¿Para quién? ¿Por qué iba a ser incómodo? ¿Acaso piensas dejar de hablarle después de acostarte con él? Tenéis una relación.

—No.

—Claro que sí. Estáis juntos en cuanto podéis.

—Para preparar la fiesta, pero hoy termina todo.

—Y puede empezar lo vuestro.

—No creo —suspiró recordando los últimos besos compartidos —. Yo me iré.

—¿Tienes fecha?

—No.

—Pues no te anticipes. Te llevas bien con él, os atraéis, ¿por qué no dar un paso adelante?

—He salido de una relación horrible.

—Y de tus ataques de ansiedad. Enhorabuena por superar ambas cosas. El pasado quedó atrás. Cámbiate de ropa, por favor, y date la oportunidad de disfrutar.

—¿Y si luego me voy?

—¿Y si no te vas? No des tantas vueltas a situaciones que quizá no pasen nunca. Hoy estarás preciosa y pasarás una noche inolvidable con un hombre espectacular.

—No sé si la noche será inolvidable o un desastre. La casa del bosque se quedó sin luz…

Andrea le dedicó una sonrisa sugerente.

—Más a tu favor y al mío. Nunca se sabe, y que esta noche sea inolvidable depende de ti. Disfruta de la vida, Grace y aprovecha los regalos que te hace.

—¿Regalos? No veo la ansiedad como un regalo.

—Porque no quieres. ¿Acaso no te obligó a parar, a reflexionar o a cambiar de vida?

—Eh…

—Ya lo superaste. Pasa página. Disfruta los regalos de la vida —le repitió convencida—. Ahora tienes un hombre increíble, enamorado de ti.

—No. Es un amigo…

—Mejor todavía. Alguien que te conoce, te acepta y le gustas tal como eres. ¿Qué más quieres?

Grace la miró conteniendo la emoción que la conversación

había despertado en ella. Se sentía afortunada. Los regalos que la vida le hacía. Cinthia era un regalo, siempre había considerado así a su sobrina. Su hermano también lo era… su familia, la tía Sylvia… ¿Neal era un regalo? ¿Por qué no? Era un hombre maravilloso. Se lo merecía. Se merecía todo lo bueno y bonito que le estaba ocurriendo. Sonrió emocionada al pensarlo. Asintió agradecida.

—¿Y tú, Andrea?

—Yo me disfrazaré más tarde, ya te lo he dicho.

—Sí, ¿y tu regalo?

—¿Mi regalo? Recibo miles todos los días. Desde el mismo momento que amanece, pero si te refieres a un hombre, lo pediré para Navidad —le guiñó un ojo—. Es cuando suceden los milagros, ¿no?

—¿No quieres?

—¿Un hombre? Ya me conoces. Voy a por los que quiero.

—No, te lo pregunto en serio.

—Yo también —le respondió sonriéndole con picardía antes de salir por la puerta, justo cuando Carlee iba a llamar. Cinthia iba de su mano disfrazada de bruja—. ¡Uh, qué miedo das! Pequeña, asegúrate de que tu tía se disfraza de gato, es el mejor amigo de las brujas.

Cinthia empezó a saltar emocionada con los ojos brillantes. Grace despidió a Andrea con una sonrisa y miró a Carlee que parpadeaba insegura.

—¿Te ha traído un disfraz de gato? —preguntó Carlee no muy convencida—. ¿No será muy escotado?

—Creo que tiene cremallera.

—Asegúrate, por favor —le pidió—. Me voy a la tienda. Tengo que preparar los caramelos y encender las luces del escaparate. Nos vemos luego, Cinthia. No comas muchos dulces o mañana te dolerá el estómago y Brenda no ha vuelto todavía.

—Pero está mi tía —le respondió la niña con tranquilidad haciendo sonreír a Grace, orgullosa.

—Eso es cierto.

—Me visto y nos vamos —le aseguró a Cinthia nada más quedarse a solas.

La tarde transcurrió sin incidentes. La plaza estaba muy concurrida con familias disfrazadas y deseos de pasarlo bien. Adrianne y sus amigas parecían controlar todo con facilidad. Los vecinos las respetaban y obedecían con sus mejores sonrisas. Se celebraron el desfile y el concurso sin incidencias. El reparto de chocolate y la recogida de caramelos por las casas fue también un rotundo éxito. El sonido de las risas infantiles era lo que resaltaba por encima de todo.

Grace disfrutó tanto o más que Cinthia. Tomó algunas fotos que envió a Neal. Su amigo. Le resultaba bonito y reconfortante calificarlo como tal. Era una sensación placentera que no había experimentado

antes. Estaba deseando reunirse con él.

Se sentía cómoda con ese disfraz. No se ceñía donde no debía y parecía disimular esos kilos de más que aún no había perdido. Esperaba que a Neal le gustara y… ahogó un suspiro que le hizo ruborizarse. ¿Pasarían la noche juntos? Lo cierto era que estaba deseando que así fuera. Solo tenían que pasar unas horas más para descubrirlo.

Neal, desde la ventana en la que se apoyaba, tuvo que mirar dos veces a la mujer que se dirigía hacia la casa del bosque con decisión. Por la manera de andar no tenía duda de que fuera Grace, pero no llevaba el disfraz de calabaza que le había dicho que se pondría. Vestía un mono negro, lo suficientemente ceñido para realzar sus curvas y, probablemente, contaría con una tentadora cremallera que decidiría el límite de lo considerado respetable.

Mientras pensaba en bajar esa cremallera para descubrir lo que escondía, sintió cómo la temperatura de su cuerpo aumentaba. No debería pensar en ella en esos términos porque en cuanto encontrara un trabajo volvería a la ciudad, pero hasta entonces… ¿por qué no podían pasar tiempo juntos de otra manera?

Se sentía bien allí, a su lado. Era una lástima que todo tuviera un final, se dijo mientras la veía entrar en el interior de la casa, apenas iluminada con numerosas luces led y bombillas parpadeantes.

Grace titubeó unos instantes cuando al entrar lo vio dirigirse a ella, decidido. Sus amigas tenían razón. Vestido de negro y con una capa de Conde Drácula estaba demasiado atractivo. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Ha ido todo bien, ¿no? —susurró él rozándole la mano.

Grace se estremeció sintiendo cómo podía arder con una simple caricia.

—Sí, y ya hemos recogido. Adrianne y sus amigas han estado magníficas. Lo han tenido todo bajo control en todo momento. ¿Por aquí, sin problemas también?

—Sí. Creo que ha habido algún incidente junto al puesto de bebidas, pero nada más. La película creo que está a punto de terminar, pero por aquí ya han pasado bastantes. Algunos aprovechan para besarse…

Grace se sonrojó mientras desviaba la mirada. Ella era en lo que había estado pensando hacer desde que lo había visto.

—No les culpo.

Neal la miró sorprendido.

—Bueno, la noche, la oscuridad, las velas... —se justificó

incómoda.

—Las hormonas revolucionadas, una casa en mitad del bosque, estar a oscuras con quien te gusta… —añadió Neal buscando sus labios y encontrándolos sin ningún tipo de resistencia.

Neal invitó a su lengua a jugar, a disfrutar de las sensaciones que se encendieron entre ambos, incendiándolos.

Unas risas cohibidas a su espalda, de adolescentes nerviosos que buscaban sorprenderse en la casa, les hicieron separarse a regañadientes.

—¿A qué hora vamos a dar esto por terminado? —le preguntó Grace con la respiración agitada.

—La película acaba poco antes de las doce. Los puestos del lago también se cierran a la misma hora. Todos irán al *Shamrock* después.

—Es buena hora —asintió Grace sintiendo cientos de mariposas en su estómago.

—¿Para qué? —preguntó Neal, tratando de averiguar si Grace se encontraba en la misma disposición que él, mientras entrelazaba sus manos con las de ella.

—Para lo que quieras —respondió en un susurro.

Neal sonrió satisfecho ante las posibilidades que podrían encontrar juntos. Grace se perdió en su mirada y su sonrisa. Sintió que su corazón saltaba de alegría mientras su cuerpo se estremecía ante la posibilidad de que acabaran compartiendo la noche.

Neal volvió a besarla sin prisa, deseando que el tiempo pasara rápido y diera lugar a todo lo que pudiera ocurrir entre ellos.

A la mañana siguiente, Grace parpadeó somnolienta cuando tuvo la impresión de que alguien llamaba a la puerta. Miró la hora del reloj que tenía en la mesilla. Eran poco más de las ocho de la mañana. Notó la presencia de Neal a su espalda, con un brazo sobre su cintura, y sonrió relajada. Su rostro reflejaba la misma calma que sentía ella. Suspiró agradecida. Lo compartido la noche anterior había sido especial. Se había sentido admirada, sostenida, incluso amada. Volvió a escuchar el sonido en la puerta y se incorporó extrañada.

Rápida, se vistió con la sudadera y los vaqueros que tenía sobre la silla junto a la cama y se pasó una mano por el cabello mientras acudía a abrir, descalza por no buscar sus zapatillas.

¿Sería su hermano? Esperaba que no porque no encontraría justificación para que Neal estuviera en su cama salvo que le apetecía, le gustaba estar con él y no tenía ninguna prisa ni intención de dejar a un lado lo que parecía que había surgido entre ambos.

—¿Megan? —preguntó extrañada a la mujer pelirroja dueña de

la inmobiliaria que entraba con una niña pequeña y rubia de la mano, con el rostro blanco y marcadas ojeras.

—Disculpa que me presente a estas horas. Te llamé pero tenías el teléfono apagado. Charlotte no se encuentra bien. Supongo que comió demasiados caramelos. El centro médico está abierto para urgencias pero no hay pediatra.

—Sí, claro, tranquila. No te preocupes —asintió sorprendida por la confianza puesta en ella.

Poco después, cuando abrió la puerta para despedirlas, se encontraron con una mujer de ojos verdes y su hijo, de cabello revuelto, a punto de llamar al timbre.

—Shelby, creo que vienes por lo mismo, ¿no? —le preguntó Megan con una sonrisa amable.

—Scott no me hizo caso ayer… y no quería saturar las urgencias del centro médico —les explicó mientras Grace invitaba a entrar a ambos con una sonrisa amable—. Alguien me dijo que vivías aquí. Espero que no te importe.

Cuando, poco después, se quedó sola en el salón, decidió preparar el café para el desayuno. Atender a esos niños, hablar con las madres que confiaban en ella le recordaron lo mucho que le gustaba su trabajo. Volvería a él en cuanto apareciera la oportunidad, aunque Steve no estuviera de acuerdo.

Llamaron a la puerta. ¿Otro pequeño con empacho de dulces? La abrió y su rostro se tornó serio.

—Steve, justo estaba pensando en ti.

—¿Sí? —le preguntó tendiéndole la bolsa con *cupcakes* recién hechos que llevaba en la mano.

—Sí —aceptó mientras llegaban a la cocina—. Hace un momento han venido Megan y Shelby con sus hijos.

Steve asintió con una sonrisa que desapareció cuando vio las dos tazas preparadas sobre la encimera.

—¿Me estabas esperando?

—No… ah…

Steve se fijó en la puerta cerrada del dormitorio y frunció el ceño.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—No. Mi vida de pareja no te importa.

—Quizá sí, y si me la contaras podrías haberte evitado todo lo sucedido con Archie.

—Steve, no te voy a contar con quien me acuesto o no.

Se mantuvieron la mirada, firmes. Ninguno parecía estar dispuesto a ceder en su punto de vista.

—Supongo que no es de mi incumbencia —se rindió Steve con una mueca—. ¿Es Neal?

Grace asintió.

—¿Qué sabes de él?

—Que me gusta, que me siento bien a su lado, me divierto, me rio… Es un amigo.

—Con los amigos no te acuestas. Es más, es probable que la amistad se rompa.

—De acuerdo, pero es un buen punto de partida. Con Archie empecé como pareja. Con Neal la relación de amistad ha llevado a… donde estamos. Me gusta mucho más así.

—¿Y qué siente él por ti?

—No se lo he preguntado. Por cierto, quería decirte que voy a volver al trabajo. Me siento viva, sé que soy buena, me gusta y estoy totalmente recuperada.

Steve resopló mientras veía salir a Neal del dormitorio con la ropa negra que había llevado el día anterior. Grace lo miró ruborizada. No era el mejor momento para aparecer, pero Neal nunca había sido oportuno. Steve apenas cruzó la mirada con él. Les dio la espalda y se dirigió, serio, hacia la puerta.

—Steve…

—Ya hablaremos —le dijo molesto antes de cerrar la puerta, resignado.

—¿Está enfadado? —le preguntó Neal extrañado.

—Eso parece.

Neal asintió inseguro. Había abierto la puerta creyendo que estaba sola justo cuando la oía decir que iba a volver al trabajo. Su garganta se había secado. Quizá no lo había escuchado bien. La noche compartida había sido perfecta, o por lo menos, a él se lo había parecido.

Grace, ligeramente disgustada por la reacción de su protector hermano, sirvió las tazas de café. Le tendió una a Neal. Realmente no sabía lo que él sentía por ella. No lo habían hablado aunque la noche anterior había sido maravillosa.

—Me había parecido que pasabas consulta —le comentó Neal, contrariado.

—Sí. No. Realmente no estoy trabajando, ya sabes, pero acabo de recordar cuánto me gusta y cómo lo echo en falta. Voy a volver a trabajar.

Neal asintió en silencio. Dejó la taza de café sobre la encimera. Era incapaz de tragar nada después de esa noticia.

—Tengo que irme. Ya nos veremos.

Grace lo miró extrañada. ¿Iba a irse así? ¿Sin decirle nada de la noche anterior? ¿Sin planes para volver a verse? Sin un beso de… Neal cerró la puerta a su espalda.

Los ojos de Grace se llenaron de lágrimas. ¿Qué había pasado?

¿Solo había sido un encuentro fugaz para él? Quizá eso era lo normal en las relaciones sin compromiso, sin afecto, sin cariño… ¡Pero ella había sentido que había algo entre ellos!

Le costaba hasta respirar. Se sintió devastada y se dejó caer en el sofá, totalmente abatida. ¿Por qué? ¿Qué tenía ella de malo? Creía que, por lo menos, eran amigos… Se sentía tan bien a su lado… Una lágrima silenciosa recorrió su mejilla antes de poder secársela con el dorso de la mano.

Pensó en la conversación que había tenido con Andrea la tarde anterior. Si Neal había sido un regalo, quizá como la estancia en Edentown que tanto le había relajado y equilibrado, así lo tomaría. Un regalo que había durado… menos, mucho menos, de lo que le hubiera gustado.

Suspiró para contener las lágrimas retenidas entre las pestañas. Había decidido volver a trabajar y se había dado cuenta de que estaba bien, fuerte, recuperada de sus ataques de ansiedad. Se tomaría las cosas con más tranquilidad y más calma, suspiró.

Llamaron a la puerta. ¿Sería Neal arrepentido? Abrió esperanzada. No. Una mujer que recordaba haber visto la tarde anterior en la fiesta de disfraces con un par de niños con el rostro pálido. Su corazón pareció volver a encogerse. Aun así, la recibió con una sonrisa.

Neal, serio, aceleró el paso para llegar a su casa. ¿Grace se iba a ir? ¿Prefería el trabajo a lo que fuera que hubiera nacido entre ambos? Había escuchado lo que le decía a su hermano. Él también disfrutaba estando con ella. Era fácil hacerlo. Era sonriente, responsable, comprensiva…

Había salido del dormitorio dispuesto a reconocerse como algo más que el hombre con el que se había acostado, pero primero se lo había contado a su hermano y luego se lo había repetido a él. Volvía al trabajo, a la ciudad y ahí terminaba todo lo que había empezado entre ellos. Así, de esa manera. Después de haber compartido una noche increíble. Después de casi un mes de verse a diario. Después de sentir a su lado que otra vida, en la que tenía cabida el amor, podía ser posible.

Llegó hasta su casa, más afectado de lo que le hubiera gustado. Se fijó en el local cerrado de su hermana. Él se había mudado para estar junto a ella, incluso había abierto su propio negocio. Estaba bien allí. ¿Qué había sido Grace? ¿Una distracción? Quizá una manera de descubrir que podía tener pareja. Le había gustado el compañerismo, la complicidad, tantos momentos compartidos…

Nada duraba para siempre se recordó molesto subiendo las escaleras de dos en dos. Se metería en la ducha, dejaría que el agua se llevará todos sus recuerdos y el olor de Grace de su cuerpo y pasaría página. No podía hacer otra cosa.

Poco después, salió de la ducha más relajado y calmado. Se fijó en que tenía un par de llamadas de su hermana. Suponía que le invitaría a comer con la apabullante familia O´Brien. Se planteó declinar la propuesta, pero se lo pensó mejor. Vivía allí. Ya se sentía parte de aquel lugar, incluso de esa familia que le había acogido como un hermano más. Le devolvió la llamada, dispuesto a aceptar la invitación. Además, le vendría bien distraerse y dejar de pensar en Grace.

Al día siguiente, Grace estaba tomándose un café, abatida, en su solitaria cocina. Echaba en falta a Neal, pese a que su sobrina, el día anterior, la había mantenido bastante distraída. Se sorprendía pensando en él con frecuencia y aunque había intentado repetirse que lo suyo había sido un encuentro esporádico que no tenía por qué volver a repetirse, no lo llevaba bien.

Hizo tres respiraciones conscientes de las que ya se había acostumbrado a hacer tratando su ansiedad y se imaginó que cada vez que soltaba el aire, con él se marchaba su tristeza y su frustración. Tres no le bastaron. Siguió con ellas hasta que un teléfono desconocido la llamó sacándola de sus pensamientos.

Poco después colgó la llamada sorprendida y emocionada. Miró la hora en su reloj de muñeca. Tenía media hora para prepararse y salir de casa.

Nada más pisar la calle pensó en ir a contárselo a Neal, pero recordó que ya no había nada entre ellos. Por su indiferencia desde que habían pasado la noche juntos, ni amistad.

Dirigió sus pasos hacia el centro médico donde la estaban esperando. Cuando llegó, un hombre alto con bata blanca estaba hablando con la joven que atendía la recepción. Se giró al escuchar la puerta y fue directo a ella tendiéndole la mano.

—¿Señorita Fuertes?

—Grace, por favor.

—Un placer saludarte, Grace. Soy Dylan Blake. ¿Puedes acompañarme al despacho?

Grace asintió sintiendo un puñado de mariposas revoloteando en su estómago. Poco después estaba sentada frente a él, con los latidos de su corazón acelerándose por momentos. Empezó a repetir mentalmente afirmaciones positivas para tratar de regularlos.

Quince minutos más tarde salía entusiasmada, orgullosa y visiblemente feliz. Sacó el teléfono de su bolso y pensó en llamar a Neal. Se recordó que ya no eran amigos y buscó el número de su hermano. Él se alegraría… una vez aceptara que estaba bien para volver a trabajar.

Caminó rápida y emocionada para llegar a su casa cuanto antes. Carlee no abría la tienda ese día y Cinthia seguro que se alegraba tanto como ella. Pensó en pasar antes por la pastelería de Carolyn. Compraría una tarta para celebrar la buena noticia, no para digerir sus emociones con ella como tiempo atrás había hecho con la comida.

—¿De verdad que estás bien para volver a trabajar? —le preguntó preocupado Steve después de comer mientras Carlee había sacado a pasear a Arwen.

—Sí, de verdad. Si no, no lo habría aceptado —le aseguró mientras terminaban de quitar la mesa, juntos—. Me asusté mucho con lo que me ocurrió. Me lo tomé muy en serio. Ahora mismo soy muy capaz de notar cuando se me acelera el corazón o si me dan taquicardias, que no es el caso. Y si vuelvo a estresarme, esta vez frenaré antes.

—Eso espero, aunque ahora no estás con Archie y a nosotros nos tienes más cerca. Las tías se disgustarán cuando les digas que no vuelves.

—Bueno, las visitaremos en Navidad, y ahora vendrán aquí con más motivos.

Steve la abrazó con cariño.

—Neal supongo que se habrá alegrado.

Grace contuvo la respiración, algo que no pasó desapercibido a su hermano.

—¿Tienes algo más que decirme?

—No.

—¿Y Neal?

—¿Qué?

—No te hagas la tonta. Te he preguntado por Neal. ¿Qué ha ocurrido con él?

—Nada. Terminamos de preparar *Halloween* y con eso acabó todo.

Steve la miró confundido.

—¿Eso era lo que querías? Nunca has sido de relaciones esporádicas.

—Sí… Bueno… No creo que lo sea, pero ya sabes, una relación es cosa de dos.

—No pareces muy satisfecha con su decisión.

Grace se encogió de hombros.

—Pero como ves, no me lo he tomado mal. No pasa nada. No

tengo por qué coincidir más con él. Somos adultos.

Steve asintió en silencio no muy convencido de las palabras de su hermana.

Grace suspiró resignada. Dos días llevaba trabajando en su consulta y ya esperaba la visita del servicio técnico informático, que, como sospechaba, era responsabilidad de Neal.

Había conseguido no verlo desde que habían pasado la noche juntos. Había sido sencillo evitarlo. No había ido a su tienda, ni al *Shamrock*, y tenía claro que saldría con rapidez de la siguiente clase de yoga por si coincidía que él llegaba a su casa a esa hora.

Si se encontraban, solo debía fingir que no le había importado su desprecio o su falta de interés en volver a quedar con ella. Lo echaba de menos más de lo que le hubiera gustado. Cada café compartido, cada conversación, aunque careciera de importancia, cada paseo, cada sonrisa, cada gesto, o la última noche se sucedían en sus recuerdos con frecuencia.

Por mucho que le costara reconocerlo o quisiera negarlo, Neal se le había grabado en su corazón a fuerza de tantos momentos y pequeños detalles. Solo tenía que volver a acostumbrarse a la soledad, aunque no le apeteciera en absoluto.

Neal llamó a la puerta hacia donde la joven recepcionista le había señalado. Probablemente podía haber solucionado el problema por control remoto desde el ordenador de la tienda, pero iba de camino a ella y le era más rápido pasar por el centro médico.

Grace apretó los labios con fuerza en cuanto lo vio entrar a la consulta. Seguía tan guapo como lo recordaba, incluso más porque el jersey que llevaba bajo la cazadora resaltaba el color de sus ojos. Contuvo la respiración y notó como sus mejillas se ruborizaban.

Neal la miró sorprendido. No esperaba verla allí y menos con la bata blanca sobre una camiseta con estampado de gatos. Su cabello recogido en la nuca le daba un aspecto muy profesional.

—No sé qué le ocurre al ordenador —le explicó Grace levantándose del asiento y haciéndose a un lado para que él se acercara y pudiera solucionar el problema.

Neal asintió notando cómo empezaba a enfadarse. ¿Por qué no le había dicho que se había quedado? ¿Qué había sido para ella? ¿Un simple entretenimiento? Primero descubría que prefería su trabajo antes que a él, y para clavarle el puñal más adentro, el trabajo resultaba que era allí mismo. Jamás se había sentido tan utilizado y despreciado.

Grace lo siguió con la mirada. Lo vio pulsar el botón de inicio

del ordenador mientras se sentaba en su silla y la pantalla se encendió inmediatamente. Se sonrojó avergonzada. ¿No había encendido el ordenador? ¿Cómo iba a verse algo en la pantalla si no lo había hecho? Era estúpido y lógico, pero no lo iba a reconocer delante de él.

En el hospital donde trabajaba los ordenadores se encendían antes de que cualquiera llegara. Incluso dudaba de que se apagaran alguna vez.

Neal fijaba la mirada en la pantalla. Podía sentirla a su espalda y respirar su dulce aroma. Cogió el ratón del ordenador y lo movió ligeramente. ¿Dónde estaba el problema?

—¿Qué ocurría?

Grace desvió la mirada, avergonzada.

—No sé… No funcionaba nada… No podía entrar en ninguna carpeta… Quizá al apagarlo y luego encenderlo tú se ha reiniciado algo.

Neal asintió no muy convencido por la explicación. Probó a pulsar en varios iconos y no notó nada extraño.

—Siento haberte hecho venir.

Neal se levantó quedando a escasos centímetros de ella. Se mantuvieron la mirada, espectantes. Dio un paso atrás molesto. Él sentía otras cosas, como su desprecio e indiferencia. Sin mediar palabra salió del despacho.

Grace lo vio salir, incómoda. No tenía por qué enfadarse tanto si el ordenador se había arreglado solo, se justificó con una mueca. Además, la que debía estar enfadada debía ser ella, ante su falta de atención. Le parecía un gesto muy feo el que hubieran compartido la cama y él no se hubiera molestado ni en… ni en… mostrarle un mínimo de afecto a partir de la mañana siguiente.

Se dejó caer en la silla, abatida. Se había sentido tan a gusto a su lado, tan bonita, incluso querida. Se habían llevado tan bien, había habido tanta complicidad entre ellos… Jamás hubiera imaginado que todo se acabaría tras ese único encuentro, se lamentó.

Neal se cruzó con su hermana mientras atravesaba la plaza en dirección a su tienda. Apretó los labios queriendo disimular su frustración. No tenía ganas de hablar con nadie y menos aún con April que siempre parecía adivinar todo lo que le ocurría.

—Neal… ¿estás bien? Tienes mala cara.

—Sí… Solo necesito un café.

—Yo te invito.

—No, no hace falta.

—Creí que habías dicho que necesitabas un café.

—Ya me he tomado uno.

—¿Y no quieres otro?

Neal suspiró impaciente. Solo quería llegar a su tienda y

centrarse en cualquier asunto pendiente que tuviera agendado.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso Jane os ha pedido que preparéis la feria de Navidad después del éxito de *Halloween*?

—No, claro que no —respondió malhumorado—. ¿Existe esa posibilidad?

—Neal…

Neal tomó aire profundamente antes de soltarlo. Le costaba compartir sus sentimientos.

—¿Qué te ocurre? Parecías estar muy bien estos días. ¿Ha pasado algo con Grace?

—Está trabajando en el centro médico.

—Pero eso es señal de que no se va, ¿no?

—¿Por qué no me lo ha dicho? Olvídalo. Lo último que me dijo es que se marchaba a la ciudad y de repente, la veo trabajando aquí. Creo que está claro.

—¿El qué?

—Que lo que hubiera entre nosotros, si es que había algo, acabó.

—¿No lo habéis hablado?

—¿Crees que hace falta?

—Siempre hace falta aclarar los malentendidos.

—No hay ningún malentendido. Acabamos de preparar la fiesta y con ello la obligación de vernos.

—¿Así, sin más? Tú conoces a Grace más que yo, pero…

—No pasa nada. ¿No eres de las que dicen que hay que disfrutar de las cosas mientras duren? Pues ya está. Lo pasamos bien mientras duró. La vida sigue, y yo debería abrir la tienda.

April asintió preocupada antes de que Neal, con un beso en la mejilla, se alejara de ella a paso rápido.

—Neal —le siguió unos pasos—. Tú sabes que te mereces todo lo bueno, ¿verdad?

—Sí, claro —le respondió con ironía—. Me merezco un regalo. Quizá luego me lo compre.

April asintió preocupada.

—Piensa lo que quieras, pero te mereces lo que tu corazón desea.

Negando con la cabeza, y con una forzada sonrisa, siguió su camino. Quizá eso era lo que llamaban Karma. Él había dejado sola a su hermana y ahora lo dejaban solo a él. Probablemente se lo merecía, pero que lo supiera no hacía que doliera menos.

Grace contuvo el aliento cuando nada más salir de clase de yoga se

encontró con Neal abriendo la puerta de al lado. Se había apresurado para salir cuanto antes y no coincidir con él y, quizá por eso mismo se lo había encontrado de frente.

Neal se giró al oír abrirse la puerta del centro de yoga. Ahogó una mueca al ver salir a Grace. Se vio tentado a entrar y cerrar la puerta a su espalda sin saludarla siquiera, pero otra parte de él parecía resistirse a dejarla ir.

—¿Qué tal? —preguntó por inercia y sin mostrar mayor interés.

—Bien —respondió Grace, incómoda, incapaz de moverse.

Se dijo que debería salir corriendo y no quedarse allí esperando las migajas que Neal iba a darle, pero sus piernas no parecían querer obedecer a su cabeza. Más bien parecían del lado de su corazón que había empezado a palpitar y a iluminarse nada más verlo.

La puerta tras Grace se abrió y varias jóvenes más salieron hablando entre ellas, animadas. Todas sonrieron divertidas al verlos. Grace se ruborizó. ¿Había sido tan evidente también para ellas que había habido algo entre ellos?

Neal las observó a todas antes de volver a fijarse en Grace. No había nadie como ella. Ninguna podría hacerle sentir lo mismo. Eso acrecentó aún más su enfado. Volvió a cerrar con llave la puerta. No podía encerrarse entre cuatro paredes con la rabia que sentía. Se iría al lago o al bosque. Necesitaba hacer deporte para liberar la tensión que agarrotaba su cuerpo. Debía ponerse ropa deportiva. Volvió a abrir la puerta. Con una seca despedida entró y cerró a su espalda dejándola allí, sola.

Grace soltó el aire que había estado conteniendo y, con lágrimas entre las pestañas, dirigió sus pasos hacia su apartamento. Agradeció la calidez que la recibió nada más entrar. Le parecía bonito lo que había conseguido allí, incluso era sencillo imaginarse a Neal a su lado. Fue directa a tumbarse en el sofá y cubrirse con su amorosa manta en tonos ocres.

Debía estar contenta por su nueva vida. Lo estaba con su trabajo, tenía cerca a su hermano y a Cinthia, Edentown le había abierto las puertas a un futuro que parecía bonito. Le faltaba Neal. Se sentía tan bien con él. Podía preguntarle por su cambio de actitud. Quizá eso le diera la paz mental o emocional que necesitaba en ese momento. Podría cambiar lo que tuviera que cambiar o, por lo menos, pasar página.

Neal se sentía bien haciendo ejercicio. La carrera por el bosque además de hacerle sentir que ensanchaba sus pulmones, estiraba su cuerpo a cada movimiento y relajaba su mente. El sol estaba poniéndose y matizando con ello los colores anaranjados de los alrededores. Sonrió al pasar por la casa del bosque que les había hecho unirse. ¿Por qué no podía dejar de pensar en Grace?

Había disfrutado del tiempo a su lado. Creía que ella también lo había hecho. Parecía que se habían acostumbrado a tomar café juntos, a comer, a cenar… Siempre tenían temas de conversación. ¿Quizá se había convertido solo en una amiga? ¿Se había estropeado todo por acostarse juntos? ¿Por qué si había sido fantástico?

Además, ella se había quedado allí. ¿Por qué se lo había ocultado? Le costaba creer que Grace hubiera estado fingiendo tanto tiempo. ¿Por qué iba a hacerlo? Los dos disfrutaban o eso parecía desde el primer momento. No podía comprender su actitud.

Encaminó sus pasos de vuelta a su casa. Seguir dándole vueltas a lo que había sucedido era inútil. Pensó en pedirle explicaciones, pero ya eran adultos y responsables de lo que había sucedido. Era humillante tener que preguntarle a una mujer por qué no lo amaba. Se detuvo conteniendo la respiración. ¿Qué acababa de pensar? ¿Que la amaba? Cerró los ojos frunciendo el ceño, enfadado consigo mismo.

¿En qué momento se había enamorado? ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Y ella? ¿Por qué no le había correspondido? Siguió caminando hacia su casa. A cada paso le costaba más entenderlo. La vida no podía ser tan cruel. Había abandonado a su hermana pero había vuelto allí para repararlo y quedarse con ella. Eso tenía que importar algo ¿no?

Grace fingió una sonrisa mientras se sentaba en una de las mesas del *Shamrock* junto a Janice y Marla. Habían pasado a buscarla y aunque no le apetecía en absoluto salir, se había obligado a hacerlo para no sumirse otra noche más en los recuerdos al lado de Neal, que tanto le dolían.

—¿Qué tal la otra noche? —le preguntó Andrea sentándose frente a ella en cuanto Janice dejó el sitio libre para ir a pedir las consumiciones a la barra junto a Marla—. ¿Le gustó a Neal tu disfraz de gatita sexy?

Grace se encogió de hombros.

—Te diría que sí.

—¿Y dónde está? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿Lo has dejado en casa para venir con Janice y Marla?

—No sé dónde está. No estamos juntos.

—¿Cómo que no? Se os veía muy bien.

Grace sintió un nudo en su garganta.

—Supongo que, como me dijiste, esa noche que pasamos juntos fue su regalo de despedida.

Andrea le mantuvo la mirada, seria, mientras Janice y Marla llegaban hasta ellas y se sentaban en los sitios disponibles.

—¿Lo habéis hablado?

—No ha hecho falta.

—Siempre hace falta.

—Se levantó por la mañana y se largó.

Se miraron entre todas antes de volver a mirar a Grace, compasivas.

—¿Y ya está? ¿No le has pedido explicaciones? —le preguntó Janice, sorprendida.

—No, claro que no. Fue muy claro.

—¿Los hombres son claros? —le preguntó Marla con una mueca.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrea—. Porque yo me presentaría en su casa exigiendo respuestas.

—Tú no exigirías respuestas ni pedirías explicaciones —la contrarió Janice.

—Porque queda muy claro, desde el principio, que no quiero ninguna relación seria ni continuada en el tiempo, pero ¿estos dos?

—Éramos amigos. Por lo visto, solo eso.

—¿Y no es eso lo mejor? —le preguntó Andrea.

—¿Una relación de amistad que se convierte en pareja? —preguntó Marla extrañada.

—¿Por qué no? Si en la cama funcionan, se llevan bien dentro y fuera de ella —comentó pensativa Janice.

—Una relación como la que tenían no se da todos los días —les recordó Andrea antes de mirar a Grace—. Tú sabrás si merece la pena, o la alegría, luchar por ella.

—¿Cómo va a ir detrás de él? —le preguntó Marla, seria.

—Si él es lo que ella quiere en su vida, debería decírselo abiertamente —les comentó con seguridad—. Así se libra de dudas y pasa página.

—Tú quieres a Neal para ti —la acusó Janice, burlona.

—No si está pensando en otra y no para mucho rato —les guiñó el ojo con picardía antes de levantarse y dejarlas solas.

Grace las escuchaba en silencio, barajando todas las opiniones que había escuchado. Quizá debía pedirle explicaciones. Dio un trago largo a su cerveza y la dejó sobre la mesa, decidida. No estaba dispuesta a quedarse con las dudas.

—Me voy a hablar con Neal.

—Buena suerte —le desearon ambas con sinceridad.

La fría brisa nocturna hizo que Grace se estremeciera y acelerara el paso. Le pediría explicaciones, le preguntaría qué había ocurrido y se quedaría tranquila. No sabía si estaba preparada para su indiferencia, pero si era lo que recibía, por lo menos, podría seguir sola, adelante, totalmente convencida de ello. Si se había sobrepuesto

a su divorcio con Archie, si había vencido sus ataques de ansiedad y muchísimos desafíos más en la vida, podría superar cualquier nuevo obstáculo.

Se detuvo en seco cuando se encontró frente a él al llegar a la plaza. Caminaba con las manos en los bolsillos, parecía que encogido por el frío que se había levantado.

Neal se sorprendió al encontrarla frente a él. Podría esquivarla e incluso ignorarla y no molestarse siquiera en saludarla. En ningún sitio estaba escrito que había que saludar a las exparejas… aunque ella no había llegado nunca a ser ni pareja siquiera. Quizá su actitud fuera infantil, pero tampoco le apetecía demostrar lo maduro que era. ¿Para qué?

Pasó por su lado, ignorándola con toda su intención. Grace lo miró incrédula.

—¿De verdad vas a fingir que no me has visto?

Neal se giró más enfadado de lo que le hubiera gustado reconocer.

—¿Acaso no has estado fingiendo tú todo este tiempo? ¿Por qué no puedo fingir yo ahora?

Grace le miró boquiabierta.

—Yo no he fingido nada.

—Entonces, quizá me equivoqué yo y creía que entre nosotros había algo.

Grace le mantuvo la mirada, sorprendida ante su crudeza.

—Yo también creía lo mismo.

—¿Y entonces? —la encaró Neal.

—Entonces, ¿qué?

—¿Por qué no me dijiste que te quedabas aquí a trabajar?

—Porque no sabía que iba a hacerlo cuando te fuiste de mi casa sin despedirte siquiera. Dejaste claro que tu interés en mí había terminado una vez que nos acostamos.

Neal frunció el ceño tratando de entender sus palabras.

—Yo no dije eso.

—No hizo falta. Fue evidente. Te largaste y no volviste.

Neal recordó esa mañana.

—Le dijiste a tu hermano que ibas a volver a la ciudad.

—No. No le dije eso porque tenía claro que no quería hacerlo. No sabía si podría encontrar trabajo por aquí…

—Te escuché decirle que ibas a volver a trabajar.

—Eso sí. Lo tenía claro. Pero no en la ciudad.

Neal meditó sus palabras por unos instantes. Una mezcla de vergüenza y rabia recorrió su cuerpo y sacudió su corazón. ¿Se había equivocado en sus suposiciones?

—Creí que… He sido un imbécil.

Grace se encogió de hombros. No iba a llevarle la contraria.

—Te largaste sin decirme nada —le acusó—. Creí que ya no querías más conmigo.

—¿Por qué iba a renunciar a ti?

—No lo sé. Tampoco serías el primero. Archie no tuvo ningún problema en dejarme. Tú no tenías por qué ser diferente.

Neal dio un paso hacia ella. Todo su ser parecía arder.

—¿Tú me quieres?

Grace se sonrojó, incómoda. No iba a ser ella la que lo confesara primero.

—¿Y tú a mí?

Neal eliminó la distancia que había entre ellos, mirándola fijamente a los ojos.

—Estos días sin ti han sido una tortura. Creí que eras tú la que no me querías.

—¿Por qué iba a no quererte?

—Hace años abandoné a mi hermana… Supongo que… me lo merecía…

Neal, totalmente, vulnerable, sintió un nudo en su garganta. Grace buscó sus manos, entrelazando sus dedos con los suyos. Las manos de Neal eran grandes, cálidas. Se sentía bien entre ellas.

—Nos lo pasábamos bien juntos, siempre teníamos temas de conversación, me gustaba estar a tu lado. Me sentía apoyada, comprendida —se justificó—… Por eso cuando te fuiste…

—Me dejaste ir sin pedirme explicaciones.

—Iba hacia tu casa en este momento justo para eso.

Neal asintió sintiendo que una nueva oportunidad se abría para él. Apretó con cariño sus manos.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A mi casa. O a la tuya. Pídeme todas las explicaciones que quieras, hoy y siempre, pero no vuelvas a dejar que me vaya sin dártelas.

Grace sintió cómo su corazón se aceleraba ante su cercanía, ante su media sonrisa, ante su mirada sincera.

—No quiero que te vayas. Ni yo quiero irme.

—Si te vas, te seguiré —le aseguró convencido.

Grace asintió emocionada.

—Espero que lo hagas.

Neal la rodeó con sus brazos antes de besarla. Su corazón estaba en paz después de mucho tiempo. Se sentía en casa, completo, sereno.

Grace se sentía afortunada, plena y llena de amor.

Se entregaron sin prisa al beso que reconcilió sus corazones

convirtiéndose en uno.

El sonido de un coche deteniéndose a su lado los hizo separarse. Grace sonrió avergonzada. ¿Cómo no encontrárselo en ese momento?

—Steve.

Su hermano los miraba alternativamente, con una mezcla de incredulidad y enfado, mientras su compañero de patrulla sonreía con la vista al frente, ofreciéndoles una mínima intimidad.

—Supongo que no hace falta que pregunte nada.

—No, porque lo has visto —le respondió Grace—. Y no creo que te quede ninguna duda.

Neal le tendió la mano.

—Ya nos conocemos, por lo menos de vista. Soy Neal y voy a casarme con tu hermana.

Steve le mantuvo la mirada, serio, antes de bajarla a la mano que seguía esperando respuesta. Bajó del coche, resoplando. Grace miraba a Neal, emocionada y sorprendida ante esa declaración. Steve volvió a mirarlos a ambos antes de aceptar el saludo.

—Si no la cuidas, te las verás conmigo.

—Me parece bien, pero no tienes por qué preocuparte.

—Eso espero. Os veo mañana en casa a la hora de la comida —les invitó con una mueca, burlona—. Además, Grace, tía Sylvia me ha dicho que te ha llamado varias veces. Creo que tenía que decirte algo sobre venir a verte.

Grace asintió mientras veía a su hermano entrar en el coche. Miró a Neal que volvía a abrazarla por la cintura, con una media sonrisa

—Le has dicho a mi hermano que vas a casarte conmigo —le recodó, con los ojos brillantes.

Neal asintió.

—Te amo, Grace. Te quiero en mi vida. Eres un regalo que ni siquiera sé si merezco, pero no lo pienso desaprovechar.

Grace se refugió en el lugar perfecto entre sus brazos, pegada a su pecho. No estaba segura de cuál de los dos había recibido el regalo más bonito, pero sabía y sentía que también iba a agradecerlo siempre.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Steve y Carlee, encuéntrala aquí: https://amzn.to/3VmwNii , o la de April y Callum, la tienes en este enlace: https://amzn.to/3U9W6Xm ?

No te las pierdas. Si no las has leído todavía, búscalas en Amazon.

Otros libros de la autora de la misma colección

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe… hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/2FcUyIF y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

El triunfo del hogar (Edentown 2)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/3j5JAnC y *¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

Una pasión escondida (Edentown 3)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó.

todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane

Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.

¿Podrán hacer frente a ello?

GRATIS en la web: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

La protección que necesitaba (Edentown 4)

Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O´Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta…

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/2OsK1tU y *¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

Otros libros de la autora de Intercambio de Gemelas

Novia por sorpresa

Si estuvieras cansada de que nada en tu vida fuera como debería ser… ¿Ocuparías el lugar de tu hermana gemela?

Melinda Jones decide suplantar a su hermana en su boda para cubrir su huida. No tiene nada que perder. Quiere dejar atrás a su exnovio, su falta de trabajo y sus sueños frustrados de ser una gran pianista.

Lo que no está dispuesta a aceptar, aunque sea por unos días, son las infidelidades de su «marido» o su falta de atención. Su hermana se merece lo mejor.

William McDermot no tiene especial interés en su boda. Es un

mero trámite que obedece a intereses económicos de la empresa. Y hasta ahí estaría bien, pero de repente su novia parece otra. ¿Cómo se atreve a exigirle fidelidad? ¿Acaso está tratando de seducirlo para que ponga la empresa a su nombre? Eso no era lo que habían acordado y no le gusta que se rían de él.

Lo que iba a ser una sencilla relación de pareja se convierte en una unión mucho más fuerte que se les escapa de las manos, pero ¿cómo pararlo si ninguno de los dos quiere?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic aquí: relinks.me/B09BZWH7G2 ¡y descubre esta bonita historia de amor sobre hermanas gemelas que intercambian su puesto!

Novio por sorpresa

Ella necesita pensar. Él la invita a sentir.

Melissa Jones, agobiada y al límite de sus fuerzas, huye de sus obligaciones el día de su boda, y cambia el lugar con su hermana gemela. Vive en su piso, desayuna con su vecino y trata de mantener las distancias con su exnovio mientras intenta reorganizar sus ideas.

A Patrick Murphy le sorprende que, de un día para otro, su simpática vecina parezca triste, se haya vuelto ordenada y tome café.

A partir de ese momento, desencuentros, disputas y finalmente la realidad, salpicará a ambos, los zarandeará y les obligará a coger las riendas de su vida.

¿Hasta dónde está dispuesta Melissa a llegar por no revelar su identidad? ¿Qué pasará cuando todo vuelva a la normalidad si no hay marcha atrás en la atracción que sienten?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: relinks.me/B0C4BLN82X

y ¡descubre las bonitas historias de amor de estas hermanas gemelas!

Sobre la autora

Annabeth Berkley es una prolífica escritora de novela romántica corta.

Sus novelas son bonitas, dulces, románticas y llenas de Amor y de Confianza en la Vida. Pertenecen al género conocido como Clean Romance.

Ha escrito la serie de novelas románticas Edentown, con novelas cortas, conclusivas y que te harán sentir que la vida es maravillosa.

Es autora de la bilogía Hermanas McVee, la bilogía Intercambio de gemelas y de la serie Valientes, ambientada en el Oeste americano.

Tiene varios libros publicados con la Editorial Kamadeva: Un viaje sin retorno, Amor bajo sospecha, Pinceladas de Amor, y El reencuentro, que resultó ganador en el concurso de novela romántica organizado por la editorial en 2021.

Sus novelas navideñas son realmente preciosas, emotivas y tiernas y están muy bien valoradas por los lectores.

Si crees en el amor, te gustarán sus novelas. No te las pierdas, y síguela en sus redes sociales.